

RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA, JUAN (Ca. 1581-1639)

*LA CRUELDAD POR EL HONOR*

PERSONAS que hablan en ella:

PEDRO Ruiz de Azagra, galán  
SANCHO Aulaga, galán  
Don RAMÓN, galán  
El señor de MOMPELLER, galán  
NUÑO Aulaga, viejo grave  
ZARATÁN, gracioso  
La REINA Petronilla, dama  
Doña TEODORA, dama  
TERESA, dama  
BERENGUEL, galán  
El PRÍNCIPE don Alfonso, niño  
El CONDE de Urgel, Viejo  
BERMUDO, viejo grave  
INÉS, criada de Teresa  
MOLINA, valentón  
VERA, valentón  
Un TROMPETA  
Un SECRETARIO  
ACOMPANIAMIENTO  
SOLDADOS

ACTO PRIMERO

Sale ZARATÁN de caza, cojeando

ZARATÁN:  
¡Ay! ¡Doy al diablo la caza;  
que él sin duda la inventó!  
¡Ay! ¿Que pudiéndola yo  
cómodamente en la plaza  
de Zaragoza escoger,  
sin arriesgar por seguilla  
un cabello, una rodilla  
me venga al campo a romper?

¿Que tan a costa y despecho  
de su descanso, a la sierra  
se parta un hombre a dar guerra  
a un gazapo? ¿Qué me han hecho  
las liebres y los conejos?  
Como mujer es quien da  
en cazar, que a misa va  
siempre a la iglesia más lejos.  
Pues si la caza se estima  
por ser viva imitación  
de la guerra, esa razón  
la condena; que la esgrima  
a las pendencias imita,  
y se ve ordinariamente  
que en la blanca no es valiente  
quien más la negra ejercita;  
y quien más use en la sierra  
seguir el bruto cobarde,  
confío menos que aguarde  
a un enemigo en la guerra;  
que enseñarse a la conquista  
de quien no sabe aguardar,  
es enseñarse a extrañar  
enemigo que le embista.  
Dirá alguno, "Esa razón  
cesa en la caza del oso,  
que aguarda y es animoso,  
y mata de un pescozón."  
Yo digo que es loco error,  
por sólo gusto, arrojarse  
donde puede ser ahogarse  
el más diestro nadador;  
que si me arriesgo en la sierra  
a morir por enseñarme,  
¿pueden a más condenarme,  
si voy bisoño a la guerra?

Sale NUÑO, de peregrino, bien tratado

NUÑO:

Dadle por Dios, caballero,  
a este peregrino...

ZARATÁN:

Bien  
manifiesta serlo quien

no ve que soy escudero.  
Mas, decidme, ¿en el olor  
a un pobre no conocéis?  
¿Qué me pedís? Si queréis  
que con vos parta el dolor  
de esta pierna, que en el choque  
de una peña me mostró  
cuánto con Dios mereció  
la rodilla de San Roque,  
tánto de él os puedo dar,  
que claudicante quedéis;  
y hacerme merced podéis,  
pues que no os ha de estorbar,  
aunque al patrón galiciano  
os destinéis, peregrino,  
puesto que anda en su camino  
tanto el cojo como el sano.

NUÑO:

¡Ojalá posible os fuera  
partir conmigo el dolor,  
pues fuera en ambos menor,  
si en los dos se dividiera!  
Si no tenéis con qué hacer  
la limosna que he pedido,  
no importa; que no la pido  
por haberla menester,  
sino porque mendigar  
prometí.

ZARATÁN:

¡Gracias a Dios,  
que he visto un mendigo en vos,  
que pida sin porfiar!

NUÑO:

No sólo no os he de ser  
importuno; mas me atrevo  
a partir de lo que llevo,  
si de ello os queréis valer.

ZARATÁN:

¿De dónde vino a Aragón  
tan liberal peregrino?

NUÑO:

De la Tierra Santa vino  
a visitar al patrón  
de España.

ZARATÁN:  
¿Sois español?

NUÑO:  
En el reino donde el pie  
estampo agora, gocé  
la luz primera del sol;  
y despierta esta ocasión  
en mí un natural cuidado  
de escucharos el estado  
de las cosas de Aragón.

ZARATÁN:  
Todo en discordias se abrasa...  
Pero mi dueño es aquél,  
y podréis saberlo de él,  
porque por sus manos pasa.

NUÑO:  
¿Y quién es?

ZARATÁN:  
Es quien consagra  
a la fama en las historias  
con su valor mil vitorias;  
es Pedro Ruiz de Aragón,  
señor de Estela, y señor,  
si méritos dan justicia,  
del mundo.

NUÑO:  
Larga noticia  
tengo de su gran valor.  
Mas mientras llega, decid,  
¿quién florece en la opinión  
de las armas de Aragón?

ZARATÁN:  
Sancho Aulaga es nuevo Cid.

NUÑO:  
(¡Ay, hijo de mis entrañas!) *Aparte*

ZARATÁN:

Y es de suerte, que "el valiente"  
le llaman públicamente  
las gentes propias y extrañas;  
y a ser por su nacimiento  
más alto, fuera el mayor  
de Aragón.

NUÑO:

(Vuestro valor       *Aparte*  
anima, Sancho, mi intento.  
Nuño Aulaga, vuestro padre,  
hijo, os viene a levantar  
hoy al cielo, y a vengar  
la afrenta de vuestra madre.)  
¿No es hijo ese Sancho Aulaga  
de un Nuño Aulaga, a quien muerte,  
al lado de Alfonso el fuerte,  
dieron los moros en Fraga?

ZARATÁN:

Ése mismo.

NUÑO:

Y, ¿qué se ha hecho  
su madre?

ZARATÁN:

Doña Teodora,  
madre de Sancho, hasta agora,  
por no haberse satisfecho  
si su esposo es muerto o no,  
seglar vive en un convento,  
en cuyo recogimiento  
Nuño Aulaga la dejó  
cuando a la guerra partía.

NUÑO:

(¿Que aún vives, mujer infame?   *Aparte*  
Querrá el cielo que derrame  
tu sangre en venganza mía.)

Sale Pedro Ruiz, de caza

PEDRO:

(El divertirme atormenta      *Aparte*  
más el alma enamorada,  
como la cuerda apartada  
vuelve al arco más violenta.)  
Zaratán.

ZARATÁN:  
Señor.

PEDRO:  
Rendido  
de correr dejo el caballo.

ZARATÁN:  
Mientras voy a paseallo,  
quedarás entretenido  
con este honrado romero,  
que desde la Tierra Santa  
mueve la devota planta  
a ver al patrón lucero  
de Galicia; y yo me obligo  
a que te ha de entretener,  
porque es viejo sin toser,  
y sin porfiar mendigo.

PEDRO:  
Su aspecto da a su persona  
clara recomendación.

Vase ZARATÁN

PEDRO:  
¿De dónde sois?

NUÑO:  
De Aragón  
el reino ilustre corona  
la ciudad que es patria mía.

PEDRO:  
¿Cuánto ha que a Jerusalén  
pasastes?

NUÑO:  
Canas se ven  
donde juventud lucía

cuando de aquí me ausenté.  
veintiocho inviernos han dado  
hielo al río y nieve al prado  
después que al Asia pasé.

PEDRO:

¿Luego bien sabréis lo cierto  
de una dudosa opinión,  
que divulga en Aragón  
que está en el Asia encubierto  
el rey don Alonso, aquél  
que habrá esos años sitió  
a Fraga, y que se perdió  
en la batalla crüel  
que tuvo allí con el moro?  
Pues como no pareciese  
vivo, ni muerto pudiese  
hallarse, aunque un gran tesoro  
por él su reino ofreció,  
se dijo que despechado,  
corrido y avergonzado,  
ocultándose, pasó  
a Jerusalén; y es cierto  
si esto es verdad, pues ha tanto  
que estáis en el suelo santo,  
que no se os habrá encubierto.

NUÑO:

Yo, señor Pedro Ruiz,  
sé del caso la verdad,  
porque con su majestad  
me hallé en la guerra infeliz  
de Fraga; y si de sabella  
os solicita el cuidado,  
de esta corona el estado  
me decid, en cambio de ella.  
Y no os canséis de que intente  
alcanzar este favor,  
que de la patria el amor  
provoca naturalmente.

PEDRO:

Daros ese gusto quiero;  
que puesto que me cansara,  
a mayor precio comprara  
lo que escucharos espero.

Perdido el rey don Alonso,  
después de estar desconformes  
los grandes, se coronó  
su hermano, Ramiro el monje,  
que a la sazón era obispo  
de Barbastro; y por que estorbe  
las discordias de Aragón  
con dichosos sucesores,  
dispensó, a instancia del reino,  
el Pontífice, y casóse  
con la hermosa doña Inés,  
hermana de Guillén, conde  
de Potiers, viéndose junto  
en solo un sujeto entonces  
ser sacerdote y ser rey,  
obispo, casado y monje.  
Tuvo una hija heredera,  
Petronilla, cuyas dotes,  
siendo gloria de Aragón,  
son admiración del orbe.  
Diola, entre mil pretendientes,  
por esposa a Ramón, conde  
de Barcelona, y cansado  
del tumulto de la corte,  
de las armas y los años,  
el monje rey, retiróse  
a la iglesia de San Pedro  
que en Huesca ilustró, con orden  
de que a su yerno obedezcan,  
sabio, si valiente joven.  
Murió Ramiro; y agora,  
cuando esperanzas mayores  
daba que Alejandro al mundo  
Ramón, al pie de los montes  
Alpes, pasando a Turín,  
de la muerte el fiero golpe  
dio, con el fin de su vida,  
principio a mil disensiones;  
que aunque a su hijo, el mayor  
de tres que dejó varones,  
la sucesión por derecho  
de la corona le toque,  
el ser niño y ser su madre  
moza y hermosa, corrompe  
los ánimos más leales



con diversas pretensiones;  
que unos de ambición vencidos,  
otros heridos de amores  
de la reina, otros leales  
a su heredero, se oponen  
entre sí, y el reino todo,  
partido en bandos discordes,  
corre a su fatal ruina  
si el cielo no le socorre.  
Éste es, en suma, el estado  
de Aragón; éste el desorden  
que ya ambición y ya amor  
engendra en los pechos nobles;  
y, ojalá quisiera el cielo  
que las nuevas que disponen  
darme vuestros labios,  
diesen fin a casos tan atroces,  
viviendo el anciano Alfonso;  
pues aunque su edad estorbe  
del brazo los fuertes bríos,  
trajera a la obscura noche  
de Aragón sol su prudencia,  
su valor freno a los nobles,  
sus canas respeto, y paz  
su amor a estas disensiones.

NUÑO:

(La Ocasión me da el cabello.

*Aparte*

Comiencen mis invenciones;  
que si sólo por reinar  
hay disculpa en ser traidores,  
no es mucho que una corona  
y una venganza os provoquen,  
Nuño, a mayores engaños,  
si los puede haber mayores.

La noticia de secretos  
de Alfonso, y de sus facciones  
la semejanza, que a muchos  
ha engañado, y de los nobles  
la división, y de Alfonso  
la memoria, ya en los hombres  
borrada del tiempo largo,  
el efeto me disponen.

Ánimo, pues; que Fortuna  
a los osados socorre.)

Gran Pedro Ruiz de Azagra,

si viviera y a la corte  
de Aragón volviera Alfonso,  
cuando divididos rompen,  
a varios fines atentos,  
la ley de lealtad los nobles,  
no solamente recelo  
que no hallara quien apoye  
su parte, pero causara  
más graves alteraciones.

PEDRO:

Engañáisos; que yo solo,  
cuando en su defensa tome  
las armas, basto a enfrenar  
los ánimos más feroces;  
y de mi padre heredé  
de servirle obligaciones,  
que sus mercedes publican  
y mi pecho reconoce.

NUÑO:

Pues, Azagra, Alfonso vive.

PEDRO:

¿Qué decís?

NUÑO:,

Que España esconde  
su persona; y si ese brazo  
en su favor se dispone,  
y me hacéis pleito homenaje  
de cumplirlo, os diré dónde.

PEDRO:

Veis aquí mis manos. Hago,

Pone las manos juntas PEDRO Ruiz entre las  
de NUÑO

como caballero noble,  
pleito homenaje de ser,  
si todo el mundo se opone,  
vasallo leal de Alfonso,  
y hacer que su reino cobre.

NUÑO:

Pues, Pedro, yo soy Alfonso.

PEDRO:

¿Vos?

NUÑO:

Yo soy. Si mis facciones  
no reconocéis, por ser vos,  
Pedro Ruiz, tan joven,  
que érades pequeño infante  
cuando de estos horizontes  
me ausenté, clara probanza  
podéis hacer cuando importe;  
que ancianos hombres tendrá  
el reino que me conocen;  
y por agora este sello

Muéstralo

y esta sortija os informen,  
testigos que he reservado  
para tales ocasiones;  
demás que el atrevimiento  
de aspirar al regio nombre  
es testimonio a quien ceden  
las demás informaciones;  
pues sólo puede emprender,  
con peligro tan enorme,  
la locura o la verdad  
tan altivas pretensiones.

PEDRO:

Ésa es la mayor probanza,  
fuera de que los pintores,  
que a las injurias del tiempo  
y del olvido le oponen  
en casi vivos retratos,  
casi animados colores  
me han informado de vos;  
y aunque las canas lo estorben,  
en lo demás son las señas  
de vuestro rostro conformes;  
y no me engañan del alma  
los afectos y pasiones,  
que alegres naturalmente,  
por su rey os reconocen.

Dadme la mano.

Arrodíllase. Sale ZARATÁN, al paño

ZARATÁN:

¿Qué miro?

NUÑO:

Mis brazos es bien que os honren,  
pues de los vuestros espero  
que en mi trono me coloquen.

ZARATÁN:

(¡Con qué respeto lo abraza!) *Aparte*

NUÑO:

Agora resta dar orden  
de vencer dificultades  
e impedir alteraciones.

PEDRO:

En mi tierra habéis de estar  
en un castillo, de donde  
las voluntades probéis,  
conozcáis las intenciones  
de los poderosos, antes  
que entréis, señor, en la corte;  
y dejad a cargo mío  
lo demás.

NUÑO:

De vuestro nombre  
ha de sonar la grandeza  
desde el sur a los Triones.  
Vos habéis de ser el rey.

PEDRO:

Permitidme, pues, que goce  
de esta liberalidad;  
y pues a quien se dispone  
a perder por vos la vida  
la podéis dar, no os enoje  
que os pida aquí la palabra  
de una merced, con que borre  
de cuanto espero serviros  
las justas obligaciones.

NUÑO:

Pedid, pedid, si podéis  
pedir a quien reconoce  
que debe lo que ha de daros  
a esos brazos vencedores.

PEDRO:

Vuestra sobrina, señor,  
Petronilla, cuyos soles,  
cuanto con rayos abrasan,  
ilustran con resplandores,  
es un adorado Argel,  
donde entre mil corazones  
soy más que todos cautivo.  
Bien sabéis que los señores  
de Estela en España toda  
superior no reconocen;  
porque el servir a los reyes  
de Aragón no los depone  
de esta honrosa dignidad,  
pues el seguir sus pendones  
es voluntad, y no fuerza;  
y siempre que la revoquen  
y que su fuero renuncien,  
gozarán sus exenciones.  
Hacedme, pues, venturoso  
con tan dichosa consorte,  
pues con premiar mis servicios  
remediaréis mis pasiones.

NUÑO:

Si con mi sobrina os diera  
la Europa toda por dote,  
hiciera acertado empleo  
en vos de prendas mayores.  
Por mi parte os doy palabra  
de que haré cuanto me toque  
para que la mano os dé.

PEDRO:

Y yo de que vuestro nombre  
dilataré con mis armas  
a los confines del orbe.

Sale ZARATÁN

ZARATÁN:

Ya el caballo ha descansado,  
y presurosa la noche,  
corona de negras sombras  
las cabezas de los montes.

PEDRO:

Tomad, señor, mi caballo;  
partamos a Estela.

ZARATÁN:

¿Adónde?

PEDRO:

Y en el camino sabré  
vuestra historia.

NUÑO:

(Pues dispones, Aparte  
Fortuna, con los osados  
ser pródiga de favores,  
la más alta hazaña emprendo  
que oyeron jamás los hombres.  
De vasallo subo a rey;  
favorece mis ficciones.

Vase NUÑO

ZARATÁN:

¡Oyan, oyan! ¿Sin hacer  
un cumplimiento, se pone  
en tu caballo, señor?  
Éste, ¿es santo? ¿Es sacerdote?

PEDRO:

Zaratán, no es sino el rey  
don Alonso; no te asombres.

ZARATÁN:

Por Dios, que lo dije luego.  
Por adivino me azoten.  
¿Mas que don Alonso es éste?

PEDRO:

Pues, ¿cómo no le conoces,

si al momento lo dijiste?

ZARATÁN:

Porque en su rostro y acciones,  
entre el sayal descubría  
los reales resplandores.

PEDRO:

Dame tu caballo.

ZARATÁN:

Y yo,  
¿qué haré, señor, que de un golpe  
estoy como grulla en vela?

PEDRO:

Al fin de este espeso bosque  
está un lugar. Allí haré,  
Zaratán, que te acomoden.

ZARATÁN:

¿Y de aquí allá cojear?  
Con las ancas me socorre

Vase PEDRO RUIZ

del caballo. A esotra puerta.  
Ya caminan. ¡Ah, inventores  
de la caza! ¿Esto es holgarse?  
¿Por qué condenan los hombres  
a galeras, si los pueden  
condenar a cazadores?

Vase. Salen la REINA Petronilla y don RAMÓN

REINA:

Por más, conde don Ramón,  
que pretendiendo mi mano,  
disculpe el amor tirano  
vuestra justa pretensión,  
con causa me maravilla  
el ver vuestra poca fe.  
Si doña Rica, que fue  
emperatriz de Castilla,  
y por muerte de su esposo  
don Alonso, a Zaragoza

vino viuda, hermosa y moza,  
espera haceros dichoso  
dando efeto al casamiento  
que con vos tiene tratado,  
¿en qué razón ha fundado  
la mudanza vuestro intento?  
¿Qué dirá el reino de vos?  
¿Qué dirá el mundo de mí,  
si a Rica hacemos así  
tan clara ofensa los dos?

RAMÓN:

Petronilla, más hermosa  
que el alba entre nieve y grana,  
cuando siembra la mañana  
de clavel, jazmin y rosa,  
no condenéis rigurosa  
a quien vive de amor preso.  
Mi disculpa está en mi exceso,  
y mi mérito en mi error;  
que no es verdadero amor  
el que no priva de seso.  
Si por las partes hermosas  
que en vos mi pecho venera,  
animoso no emprendiera  
hazañas dificultosas,  
¿qué obligaciones forzosas,  
qué méritos alegara?  
Si en lo que dirán repara  
vuestro rigor, no mi amor;  
que prenda de tal valor  
nunca puede costar cara.

REINA:

Esos fundamentos son  
en vos, porque amáis, bastantes;  
que da ley a los amantes  
el amor, no la razón;  
pero yo, que sin pasión  
lo miro, es bien que resista  
a tan injusta conquista,  
pues no puede disculparse  
el que deja despeñarse  
de un ciego, teniendo vista.  
Hoy el reino y majestad  
renunciar, Conde, pretendo



en mi hijo; y porque entiendo  
que causa su tierna edad  
discordias, acreditad  
vuestro amoroso tormento,  
dando favor a mi intento;  
o pensaré que nació  
de ambición del cetro, y no  
de amor, vuestro pensamiento.

RAMÓN:

Yo lo haré, si se mejora  
con vos así mi partido;  
mas no, si habiéndoois servido,  
os he de perder, señora;  
que mal puede el que os adora  
en eso favoreceros,  
si por sólo retraeros  
del reino queréis privaros,  
y ha de ser el ayudaros  
instrumento de perderos.

REINA:

Basta; que no he menester  
vuestro favor, don Ramón;  
que a mí sola la razón  
me basta para vencer.

RAMÓN:

Tal vez suele no valer  
sin las armas la justicia.

REINA:

Advierta vuestra codicia  
que, pues la razón me ayuda,  
podrá más ella desnuda  
que armada vuestra malicia.

Vase

RAMÓN:

Mucho puede la ambición  
apoderada en mi pecho;  
pero mucho, a su despecho,  
puede también la razón.  
Si no hallo nueva ocasión  
que mis intentos abone,

lo que la reina dispone  
es forzoso consentir;  
que solo no he de impedir  
que el príncipe se corone.

Sale el CONDE de Urgel

CONDE:  
¡Valeroso don Ramón!

RAMÓN:  
¡Famoso conde de Urgel!

CONDE:  
En la tempestad crüel  
que hoy amenaza a Aragón,  
admira mi pensamiento  
lo que de vos se publica,  
y es que de la hermosa Rica  
despreciáis el casamiento,  
pretendiendo que la mano  
os dé la reina. Ambición  
contraria a vuestra opinión,  
digna sólo de un tirano.  
Don Ramón, su esposo, fue  
vuestro tío; y es injusto  
que a la razón venza el gusto,  
y la ambición a la fe.  
Mejor será que, cumpliendo  
lo concertado, os caséis  
con la emperatriz, y deis  
favor a lo que pretendo;  
pues con mi hijo casada  
Petronilla, quedaría,  
junta a su fuerza la mía,  
la discordia refreriada.

RAMÓN:  
De lo que decís colijo  
que no tanto a esa intención  
os obliga mi opinión  
como el bien de vuestro hijo.  
Mas, ¿cómo, conde de Urgel,  
habiendo solicitado,  
tan público enamorado,  
vuestro hijo Berenguel

a doña Teresa, hermana  
del señor de Mompeller,  
se muda, y quiere ofender  
belleza tan soberana?

CONDE:

Ésta es sólo intención mía,  
no suya; que es cosa clara  
que él por Teresa trocara  
del mundo la monarquía.

RAMÓN:

Con esa razón no cesa  
la culpa; que yo he sabido  
que Berenguel ha servido  
con gusto vuestro a Teresa.

CONDE:

Aunque yo estimé hasta aquí  
también sus prendas hermosas,  
la mudanza de las cosas  
muda parecer en mí.

RAMÓN:

Pues si os hace la mudanza  
de las cosas que os mudéis,  
y si a Teresa ofendéis  
por mejorar la esperanza,  
¿por qué os causa admiración  
que yo, que a la reina adoro  
y mi grandeza mejoro,  
mude también intención?

CONDE:

La diferencia colijo  
fácilmente que os advierto;  
que vos faltáis a un concierto,  
y a una pretensión mi hijo.  
Vos ofendéis a Ramón,  
vuestro tío; y Berenguel  
no puede llamarse infiel  
por tan justa pretensión.

RAMÓN:

Antes de eso mismo arguyo  
mi justicia, porque, ¿quién

puede suceder más bien  
a Ramón que un deudo suyo?  
Si mi fe no corresponde  
a lo que tratado había,  
eso está por cuenta mía,  
que no por la vuestra, conde.  
Y en resolución, ya veo  
mi pretensión declarada,  
y ha de conseguir la espada  
lo que ha emprendido el deseo.

CONDE:

Pienso que estáis satisfecho  
de lo que puede la mía,  
y que está esta nieve fría  
en mi rostro, y no en mi pecho.

RAMÓN:

Yo os lo confieso y os digo  
que no me pesa; que quiero,  
ya que desnude el acero,  
vencer valiente enemigo.

CONDE:

Pues juntad los escuadrones  
que os puede dar la Proenza;  
que el conde de Urgel comienza  
hoy a tremolar pendones.

RAMÓN:

Urgel y Aragón empiece,  
y el mundo, a armarse también;  
que la guerra dirá quién  
de Petronilla merece  
la soberana beldad.

CONDE:

Sí dirá; y a Dios pluguiera  
que en vencersos estuviera  
el vencer su voluntad.

Vanse. Salen TERESA e INÉS

TERESA:

Dejadme de combatir,  
olas de mis pensamientos;

que a tormentas de tormentos,  
¿qué fuerza ha de resistir?  
Pretende don Berenguel  
ser mi esposo; no le quiero.  
Estáme bien; que heredero  
es del condado de Urgel.  
En mi amor vive abrasado  
Sancho Aulaga; no es mi igual.  
Yo le adoro; estáme mal;  
que aunque el ser tan gran soldado  
le da justa estimación,  
le falta la calidad.  
¿Qué habéis de hacer, voluntad,  
entre amor y obligación?

INÉS:

Señora, los nobles pechos  
a quien obliga el honor,  
han de mostrar su valor  
en los difíciles hechos.  
De Berenguel la afición  
sola merece tu mano.  
Vence ese antojo liviano,  
que ha de dañar tu opinión.

TERESA:

No me atormentes.

INÉS:

Teresa,  
lo que te importa te digo.

(Por tus dádivas me obligo      *Aparte*  
a tan difícil empresa,  
don Berenguel; y a tu intento  
la has de ver al fin rendida,  
aunque me cueste la vida  
tan justo agradecimiento.)

Sale SANCHO Aulaga

SANCHO:

Dulce enemiga mía,  
más que crüel, hermosa,  
emulación dichosa  
del claro autor del día,

en cuya gran belleza  
a sí misma venció naturaleza.  
¿Es el ser inhumana  
condición de divina?  
¿Qué espíritu encamina  
un alma tan tirana,  
que igualmente procura  
ser monstro de crueldad y de hermosura?  
Adorar tu belleza,  
¿es delito contigo?  
Teresa, ¿qué castigo  
previene tu dureza  
a quien te aborreciere,  
si le da tan crüel a quien te quiere?  
De tus amantes quiero,  
no los de ti contados,  
mas de los olvidados,  
contarme yo el postrero.  
No te pese que sobre  
entre el oro bermejo el pardo cobre.

TERESA:

Sancho, las ocasiones  
y causas diferentes,  
según los accidentes  
producen las acciones.  
No siempre la esquiviza  
nace de ingratitud y de dureza;  
no siempre rinde fruto  
el árbol cultivado,  
ni siempre al mar hinchado  
la fuente igual tributo,  
por varios accidentes,  
sin ser ingratos árboles ni fuentes.  
¿Por qué me consideras  
de tu amor ofendida,  
si no arroja, perdida,  
en las fieras más fieras  
una flecha el dios ciego,  
si el más duro metal ablanda el fuego?  
De mi rigor aplica  
a otra causa el efeto,  
puesto que en un sujeto  
contradicción no implica  
tener correspondencia  
y hacer a los intentos resistencia.

SANCHO:

Si méritos procura  
iguales tu persona,  
Teresa, no hay corona  
digna de tu hermosura;  
si amarte ha de vencerte,  
no tira flecha Amor que no me acierte.  
Mas pues que ya te he oído  
que a agradecer te obligas,  
favor es que lo digas;  
y aunque lo hayas fingido,  
agradezco el engaño;  
que es señal de desprecio el desengaño.  
Con esto, ángel que adoro,  
queda mi amor pagado.

TERESA:

¡Qué humilde enamorado!

SANCHO:

¡Qué debido decoro  
a tu merecimiento!  
Sólo con que me engañes me contento.

TERESA:

¡Qué cuerdamente obligas!

SANCHO:

¡Qué dulcemente matas!

TERESA:

¿De engañosa me tratas?  
Bien mi rigor castigas.

SANCHO:

Tan alta te imagino,  
que pienso que aun de engaños no soy dino.

TERESA:

Bien dices lo que sientes.

SANCHO:

Bien siento lo que digo.

TERESA:

(¡Ay, que luchan conmigo     *Aparte*  
impulsos diferentes  
y en poner se desvela  
freno el honor, donde el amor espuela!)  
Mas ya, Sancho, pregona  
en palacio el rüido  
que el reino, prevenido  
a darle la corona  
al príncipe, se altera;  
y yo soy de la reina camarera.  
Adiós; que acompaña  
es fuerza.

SANCHO:  
Y lo es seguiros  
con ansias y suspiros.

TERESA:  
(¡Triste de quien se halla     *Aparte*  
puesto al cuello el cuchillo,  
y ni puede quejarse ni sufrillo!)

Vanse TERESA e INÉS

SANCHO:  
Mi sangre, no tan clara  
como la tuya, creo  
que enfrena tu deseo.  
Hidalgo soy. Repara  
que aunque soy escudero,  
tengo valor con que ilustrarme espero.  
Sancho Aulaga el valiente  
me apellida la fama;  
mi madre es noble rama,  
de Laras descendiente;  
mi padre, Nuño Aulaga,  
murió al lado de Alfonso en lo de Fraga.  
¿Quién, pues, fueron autores  
de las casas que hoy mira  
el sol en cuanto gira  
llenas de resplandores,  
sino los claros hechos  
de sus primeros valerosos pechos?

Salen la REINA, BERENGUEL, el CONDE de Urgel, BERMUDO, don RAMÓN, el  
señor de MOMPELLER, el PRÍNCIPE niño, TERESA, teniendo la falda a la REINA,



INÉS, y ACOMPAÑAMIENTO. Siéntanse en el trono la REINA a la derecha, y el PRÍNCIPE a la izquierda. Habla BERENGUEL aparte INÉS

BERENGUEL:

Inés, en tu confianza  
vive sólo mi afición.

INÉS:

Cumpliré mi obligación,  
y lograrás tu esperanza,  
aunque me cueste la vida.

BERENGUEL:

A mí me la das con eso.

INÉS:

Obligada me confieso,  
y he de ser agradecida.

REINA:

Caballeros de Aragón,  
gloria y honor de la Europa,  
cuya fama atemoriza  
las regiones más remotas;  
hoy la majestad renuncio,  
porque a la quietud importa  
del reino, en mi hijo Alfonso,  
sucesor de esta corona.  
Pues que la sangre os obliga  
y la lealtad os exhorta,  
mostradlo en ser de mi parte  
en una acción tan heroica.  
Por ser Alfonso tan niño,  
nadie a mi intento se oponga;  
que al fin es varón, y rige  
mejor el cetro la sombra  
de un varón que una mujer;  
cuanto más, que el reino goza  
de consejeros prudentes  
que asistan a su persona.

CONDE:

La corona sí y el reino  
podéis renunciar, señora;  
mas no el gobierno, que a mí  
por tantas causas me toca.

RAMÓN:

Si alguno ha de gobernar,  
¿quién habrá que se me oponga,  
pues el ser quien soy y el ser  
primo de Alfonso me abona?

BERMUDO:

¿Qué litigáis, si en Bermudo  
el gobierno se mejora,  
pues del difunto Ramón,  
fui yo la privanza toda,  
y los negocios traté  
del reino, a quien más importa  
quien sepa ya las materias,  
que quien las aprenda agora?

MOMPELLER:

Lo que propone mi padre  
defenderá mi persona.  
Señor soy de Mompeller,  
y harán mis armas notoria  
su justicia.

RAMÓN:

Ya las mías  
sus estandartes arbolan.

BERMUDO:

El valor dará el derecho,  
y el gobierno la vitoria.

REINA:

¿Qué gastáis en disensiones  
el tiempo, si a mí me toca  
el gobierno, pues de Alfonso  
soy legítima tutora?

PRÍNCIPE:

Esto es justicia. Ninguno  
se atreva a mover discordias  
por ser mi madre mujer  
y por ser mi edad tan poca;  
que soy el rey, y por vida  
de la reina, mi señora,  
que la cabeza a los pies

a quien replique le ponga.

CONDE:

Sois niño, Alfonso.

RAMÓN:

Las fuerzas  
vuestras son, príncipe, cortas  
para cortar mi cabeza.

BERENGUEL:

Vos ignoráis, mas no ignora  
las hazañas de Bermudo  
la fama que las pregona.

SANCHO:

(¡Ah! ¡No fuera igual mi estado   *Aparte*  
con el valor que me informa,  
para poder responder  
a tanta arrogancia loca!)

PRÍNCIPE:

Niño soy; mas de mi padre  
soy una animada copia,  
y para empresas mayores  
valor y fuerzas me sobran.

SANCHO:

(Eso si. Mostrad, Alfonso,   *Aparte*  
la majestad española;  
poned las palabras vos,  
y remitidme las obras.)

Sale PEDRO Ruiz

PEDRO:

Reina, príncipe, damas, caballeros,  
soldados, cortesanos, ciudad, plebe,  
la nueva más feliz vengo a traeros  
de cuantas Aragón al tiempo debe.  
Sosegad los espíritus guerreros;  
que el cielo ya, que a compasión se mueve  
de la discordia que de paz os priva,  
por mí os presenta el ramo de la oliva.  
El rey Alfonso el bueno, el sabio, el fuerte,  
de quien en Fraga el reino agradecido

triste lloró la mentirosa muerte  
--pues no fue muerto allí, si fue perdido--  
es hoy por la piedad de nuestra suerte  
al suelo de Aragón restituido;  
sol, que a la noche de discordias tales,  
de paz induce rayos celestiales.  
Yo le vi por mis ojos, yo la mano  
le besé; y aunque a mí no me he creído,  
por ser tan mozo, de uno y otro anciano  
de nuestra patria es ya reconocido.  
Oculto tanto tiempo en el asiano  
imperio estuvo, sin razón corrido  
de lo de Fraga, sin mirar que parte  
con la Fortuna las vitorias Marte.  
Pero de haber por sí determinado  
contra el voto del reino aquella empresa  
y ser vencido, estando acostumbrado  
a veinte y seis vitorias, se confiesa  
corrido tanto el rey, que despechado,  
hasta el imperio cuyas plantas besa  
el undoso Jordán corrió tan solo,  
que aun a los ojos se negó de Apolo.  
Él, pues, ha vuelto, si decirse puede  
que ha vuelto aquél que Dios nos ha traído;  
aquél por quien el cielo le concede  
concordia al reino, en bandos dividido.  
Y, pues él vivo no es razón que herede  
su alteza el cetro, no ha de ser ungido  
rey; a besar de Alfonso las reales  
manos venid los que le sois leales.

REINA:

¿Qué nueva disensión, qué nueva guerra,  
con máscara de paz y justo celo,  
movéis, Azagra, y alteráis la tierra,  
para irritar la indignación del cielo?  
¿Alfonso vive? ¿Alfonso, a quien encierra,  
muerto a lanzadas, el morisco suelo?  
¿No lo dijeron lenguas, cuyos ojos  
vieron triunfar la muerte en sus despojos?  
Si no se halló el cadáver, ¿no fue cierto  
que lo causó la copia innumerable  
del escuadrón en la batalla muerto,  
tragedia por mil siglos miserable?  
¿Por qué, pues, en favor del vulgo incierto  
acreditáis engaño tan culpable,

y por vengar un sentimiento vano,  
a un traidor no dudáis besar la mano?

Vase PEDRO Ruiz

Pero no importa, no; el príncipe tiene  
nobles amigos, deudos y aliados,  
cuyo poder, cuyo valor enfrene  
soberbios pechos, cuellos no domados.  
¡Ea, conde don Ramón, no os enajene  
de imitar vuestros inclitos pasados  
de una venganza vil la ciega furia!  
¡De Alfonso primo sois, vuestra es la injuria!

RAMÓN:

Petronilla, viviendo vuestro tío,  
que, pues lo afirma Azagra, es caso llano,  
suyo es el reino, y no es agravio mío  
besar a un rey legítimo la mano.

Vase

REINA:

Noble conde de Urgel, de vos confío,  
y de don Berenguel, que al vil tirano  
castiguéis este engaño con la muerte.

CONDE:

De esta corona es dueño Alfonso el fuerte;  
yo soy su amigo, y tiene averiguado  
que vive, Azagra, principal testigo;  
y vos no me tenéis tan obligado,  
que me oponga por vos a tal amigo.

Vase

BERENGUEL:

A hacer lo que mi padre soy forzado.  
Perdonadme, señora, si le sigo.

Vase

REINA:

En vos, Bermudo, pongo mi esperanza.

BERMUDO:

Y fui del fuerte Alfonso la privanza;  
si, como afirma Azagra, y yo no dudo,  
no es muerto, ya veréis a qué me obliga.

Vase

REINA:  
¡Señor de Mompeller!

MOMPELLER:  
A don Bermudo,  
que el ser me dio, señora, es ley que siga.

Vase, y síguele el acompañamiento

TERESA:  
¡Padre, hermano, escuchadme!

REINA:  
¿Tanto pudo  
tan clara falsedad, suerte enemiga,  
que quieran más los nobles a un tirano  
que a un legítimo rey besar la mano?  
Vos solo, Sancho Aulaga, habéis quedado;  
ya sólo en vos se funda mi esperanza,  
y bien me puede dar tan gran soldado  
del vitorioso efeto confianza.

SANCHO:  
Si los nobles del reino os han faltado,  
si os aflige, señora, su mudanza,  
a mí me alegra; que mostrarles quiero  
que os basta sin los suyos este acero.  
Nombradme general, y suene Marte  
el ronco parche y el clarín bastardo;  
que presto adorará vuestro estandarte  
el contrario más fuerte y más gallardo.

REINA:  
Un bastón me traed.

TERESA:  
Yo quiero darte,  
si vuelves vitorioso, como aguardo,  
de que tuya seré palabra y mano,  
aunque pese a mi padre y a mi hermano.

SANCHO:

Con dicha igual, del alba al occidente,  
es la conquista fácil a mi acero.

REINA:

El bastón recebid, Juntad mi gente,

Dásele

y partid; que triunfante ya os espero.

Vase

PRÍNCIPE:

Abrazadme y partid, Sancho el valiente.

SANCHO:

Besar humilde vuestras plantas quiero.  
Prospera el cielo esa real persona.

PRÍNCIPE:

De vuestra mano espero la corona.

Vase

TERESA:

Sancho, el vencerme está en esta vitoria.

SANCHO:

Y el vencer en vencer vuestra esquiveza.

TERESA:

Adiós.

SANCHO:

Dadme una prenda, cuya gloria  
me dé valor y aumente fortaleza.

TERESA:

De mi palabra os doy esta memoria.

Dale una banda

SANCHO:

Con tal favor traeros la cabeza

prometo del fingido rey tirano,  
(Señala la mano izquierda y la derecha)  
en ésta, antes de daros esta mano.

## ACTO SEGUNDO

Salen NUÑO y ZARATÁN

NUÑO:  
¿Que viene por general  
Sancho Aulaga contra mí?

ZARATÁN:  
La fama lo cuenta así.

NUÑO:  
(¿Quién vio confusión igual? *Aparte*

¿Mi hijo es contrario mío?  
A solas me importa hablarle;  
que para desengañarle  
aun de él mismo no me fío.)

ZARATÁN:  
Dicen que a la reina bella  
tu cabeza prometió,  
y a no defenderte yo,  
no diera un cuatrín por ella;  
fuera de que, a persuasión  
de mi dueño, a que los mandes  
vienen del reino los grandes  
todos a tu devoción,  
y obligados se confiesan  
tanto como agradecidos,  
pues los bandos encendidos  
con haberte hallado cesan;  
que para hacerse crüel  
guerra, juntaban sus gentes  
ya los dos condes valientes  
de la Proenza y de Urgel.  
Con estas nuevas, señor,



Pedro de Azagra me envía  
a hacer la ventura mía  
con tus albricias mayor.

NUÑO:

Yo te las prometo dar  
tan cumplidas, si me veo  
como en mi reino deseo,  
que a todos des qué envidiar;  
que agora bien podrás ver  
cuán pobre estoy.

ZARATÁN:

¡Triste yo,  
¿No sabes cómo pintó  
cierto Apeles al poder?

NUÑO:

¿Cómo?

ZARATÁN:

Pintólo poniendo  
sobre una rueda, cercado  
de gente, un rey coronado,  
y luego escribió, queriendo  
la gran distancia argüir  
que hay del decir al hacer,  
en la boca, prometer  
y en el cerebro, cumplir.

NUÑO:

No puede faltar un rey  
a su palabra.

ZARATÁN:

A lo menos  
debes mirar que en los buenos,  
señor, la palabra es ley;  
y en diciendo un "yo lo haré"  
aun entre gente que sea  
muy común, es cosa fea  
faltar la palabra y fe.  
Mas ya también ha llegado  
mi señor; que era mi posta  
tan lerda, larga y angosta,  
que por más que he procurado

picar, fue vano trabajo,  
porque mis pies no la hallaban,  
y uno a otro se picaban  
mis talones por debajo.

Salen PEDRO Ruiz, el CONDE de Urgel, BERMUDO, don  
RAMÓN, y el señor de MOMPPELLER, todos de camino

PEDRO:  
Deme vuestra majestad  
la mano.

NUÑO:  
Tan bien llegado  
seáis como deseado  
habéis sido. ¡Levantad!

CONDE:  
En fe de lo que escuché  
a Pedro Ruiz, creí  
que sois Alfonso, y ya en mi  
es evidencia la fe.  
El conde de Urgel, señor,  
que os conoció, os reconoce.

BERMUDO:  
El cielo quiere que goce  
otra vez de vuestro amor,  
Bermudo, vuestro privado,  
que agradecido y leal,  
tuvo de ese original  
vivo en el alma el traslado.

RAMÓN:  
Don Ramón, señor, el conde  
de la Proenza, a pediros  
llega los pies; que en serviros  
a su sangre corresponde.

NUÑO:  
¡Levantad, conde de Urgel!  
¡Don Bermudo, conde, alzá!

CONDE:  
La mano también le dad,  
señor, a don Berenguel,

mi hijo.

BERMUDO:

También la besa  
el señor de Mompeller,  
vuestro vasallo, que ser  
mi sangre en esto confiesa.

NUÑO:

A todos mis brazos doy  
con el alma, caballeros;  
que me alegra tanto el veros  
cuanto obligado os estoy.  
¿Cómo queda mi sobrina?

PEDRO:

Con salud, señor, y hermosa;  
mas contra vos rigurosa  
de suerte, que ya camina  
con un lucido escuadrón  
su general Sancho Aulaga.

NUÑO:

No perdí el valor en Fraga,  
aunque perdí la opinión.

BERMUDO:

Constante está en que perdistes  
la vida allí.

NUÑO:

Si a vencella  
no sois bastantes con ella  
los que ya me conocistes,  
de mi verdad mis hazañas  
testimonio le darán.

BERMUDO:

Yo pienso que dejarán  
las gentes propias y extrañas  
las armas, si la opinión  
llega, señor, a su oído  
de que os han reconocido  
los que respeta Aragón.

NUÑO:

Con ese fin es mi intento  
a Sancho Aulaga escribir;  
que quisiera no venir,  
si es posible, a rompimiento;  
que son al fin mis vasallos  
los que tengo de vencer  
y todos habéis de hacer  
lo mismo, para obligallos  
a reducirse, escribiendo  
a los hombres principales  
y a todos los oficiales  
del campo; pues en sabiendo  
que me habéis reconocido,  
con tan clara información  
luego de todo Aragón  
he de ser obedecido.

BERMUDO:  
Es sin duda.

NUÑO:  
Pues entrad  
a descansar y escribir;  
que importa, para impedir  
los daños, la brevedad.

BERMUDO:  
Obedeceros es ley.

PEDRO:  
Vamos, pues.

RAMÓN:  
Cuando no hubiera  
otra probanza, creyera  
por su piedad que es el rey.

BERMUDO:  
Y en la majestad así  
lo muestra.

MOMPELLER:  
Forzoso es dar  
luz el sol.

BERMUDO:

No hay que dudar;  
conózcolo como a mí.

NUÑO:

Id, Zaratán, mientras hago  
el despacho, a descansar;  
que vos lo habéis de llevar.

ZARATÁN:

Bien de contado te pago  
de tu promesa el escote.  
¡Plega a Dios que por bien sea,  
y que al cumplillo, no lea  
el rétulo del cogote!

Vanse. Sale SANCHO, abriendo un pliego y SOLDADOS

SANCHO:

¡Hagan alto!

SOLDADOS:

¡Hagan alto!

¡Pase la palabra!

SANCHO:

Amigos,  
cerca están los enemigos.  
Descansad; no cojan falto  
de fuerza nuestro escuadrón,  
fatigado de marchar,  
en que estriba el acabar  
las discordias de Aragón.

Lee cartas

Ésta es de doña Teresa.  
¡Ah, cielo! ¿Que merecí  
que se acordase de mí?  
Con tanto favor, ¿qué empresa  
no acabaré, satisfecho  
de mi venturosa suerte,  
llevando contra la muerte  
este papel en mi pecho?

Lee

"La Reina mi señora me mandó que os escribiese ratificando mi promesa, y os aseguro que me leyó el corazón de suerte, que en lo contrario no la obedeciera. No es mi intento agraviar vuestro valor con animaros, sino lisonjear vuestra ausencia con escribiros; si bien, como el deseo duda lo más seguro, el mío de efectuar el concierto es tanto, que llega a injuriar vuestro esfuerzo, temiendo que no cumpláis la condición, pues ya no cuido más, por el bien de la reina mi señora, de ver la cabeza de nuestro enemigo en vuestras manos, que por daros la mía.--Doña Teresa."

¡Oh, letras, que del pincel  
de un ángel fuistes formadas!  
¡Vivid, vivid trasladadas  
al corazón, del papel!  
La condición cumpliré;  
la cabeza del tirano,  
mi bien, te dará mi mano,  
o la tuya perderé.

Lee

"Hijo, la importancia de la facción que os han encargado no es para fiarla sólo del poder humano; y aunque ni yo entiendo, ni Dios quiera que sea menester advertiros que recurráis al divino, el amor me obliga a hacerlo y animaros con que sepáis que en este convento no cesarán las rogativas mientras no cesare la guerra. Dios os traiga vencedor.-Vuestra madre, Doña Teodora de Lara."

Sale ZARATÁN, con botas y espuelas

ZARATÁN:  
Gran general, celebrado  
en cuanto alumbra el lucero,  
por indigno mensajero  
vengo del resucitado.  
Este pliego es para ti.

SANCHO:  
¿Hasle visto?

ZARATÁN:  
Cuando vino  
en traje de peregrino,  
fui el primero que le vi.

SANCHO:  
Y, ¿qué te parece?

ZARATÁN:  
Nada.

SANCHO:  
No temas, dilo.

ZAPUTÁN:  
Que admira  
su presencia, y si es mentira,  
está, por Dios, bien trovada.  
Ya los grandes de Aragón  
le han reconocido, y creo  
que te escriben con deseo  
de que mudes intención,  
o a lo menos de que hablarte  
dejes de Alfonso, primero  
que en la batalla el acero  
ensangrienta airado Marte.

SANCHO:  
¿A un traidor, necio, te atreves  
a nombrar Alfonso aquí?  
Si para nombrarlo así  
otra vez los labios mueves,  
--¡vive Dios--que en un madero  
te haga poner por traidor,  
sin que estorben mi rigor  
las leyes de mensajero!

ZARATÁN:  
¡Mal haya mi boca, amén,  
que tal dijo! ¿Por ventura  
quien lo nombra así asegura  
que es rey de Aragón también?

SANCHO:

¿Que quiere el traidor hablarme?  
Sin duda engañarme entiende  
a mí también, o pretende  
con mercedes obligarme.  
Pues aunque es notorio error  
no negarles al encanto  
los oídos, fío tanto  
de mi lealtad y valor,  
que no sólo le he de oír,  
mas disuadirle su engaño;  
que también pretendo el daño  
de la batalla impedir,  
al reino todo molesta.  
A leer y responder voy;  
que al punto has de volver,  
Zaratán, con la respuesta.

ZARATÁN:

Pues hablarle determinas,  
escribirle es excusado;  
que él, por verte, acelerado  
pisa las tierras vecinas.

Vase SANCHO

ZARATÁN:

¡Qué cerca del sacrificio  
me he visto! ¿Aulaga sois vos?  
Diablo sois. Líbreme Dios  
de un ruín puesto en oficio.  
Juntó cortes el león,  
estando enfermo una vez,  
para elegir un jüez  
a quien la juridición  
de sus reinos encargase.  
Los animales, atento  
a que es tan manso el jumento,  
pidieron que él gobernase.  
Tomó, al fin, la posesión;  
y por darle autoridad,  
junto con la potestad,  
sus uñas le dio el león.  
Parabién le vino a dar  
luego con grande alegría



un rocín, que ser solía  
su amigo; y él, por usar  
del poder, dos uñaradas  
le dio al amigo inocente;  
y viéndose injustamente  
las carnes acribilladas,  
dijo llorando el rocín,  
"No tienes tú culpa, no,  
sino quien uñas le dio  
a un animal tan ruín."  
El león, airado y fiero,  
le quitó con el oficio  
las uñas, y al ejercicio  
le hizo volver de arriero.  
Pues, hombre que oficio empuñas,  
sabe templado ejercerlo,  
pues a tantos, por no hacerlo,  
has visto quitar las uñas.

Vanse. Salen el CONDE de Urgel, BERMUDO, PEDRO Ruiz, BERENGUEL,  
don RAMÓN, el señor de MOMPPELLER y NUÑO, en cuerpo, con bastón

CONDE:

Señor, de mi parecer,  
pues se acerca temerario  
y presuroso el contrario  
es acierto recoger  
vuestro campo a ese castillo,  
cuyo fuerte es tan seguro.  
Gaste su fuerza en el muro,  
y cánsese en combatillo.

BERMUDO:

El mismo consejo sigo.

PEDRO:

Otra sentencia es la mía,  
porque es mostrar cobardía  
y animar al enemigo.

RAMÓN:

Prosigue en marchar, señor;  
que pues él viene a buscarte,  
el buscarlo tú ha de darte  
a ti opinión y a él temor.

NUÑO:

Yo estoy cierto, caballeros,  
de que en llegándome a ver  
con Sancho, le he de vencer  
sin desnudar los aceros;  
fuera de que la probanza  
que en vuestras cartas verá  
el ejército, me da  
esa misma confianza:  
y así, no quiero mostrar  
cobardía en retirarme;  
que hacerlo, fuera indiciarme  
de culpado, y esforzar  
su mal fundada opinión.  
Buscarle es mejor intento,  
pues es el atrevimiento  
tan hijo de la razón.

Sale ZARATÁN, con un  
pliego

ZARATÁN:

¡Gracias a Dios que me veo  
de tu grandeza amparado!  
Y agradece este cuidado  
más al temor que al deseo.

Da cartas al CONDE de Urgel, BERMUDO y don RAMÓN, y ellos leen

Aulaga responde en éstas  
a los tres; de los demás  
oficiales, Barrabás  
aguardara las respuestas;  
que en sabiendo vuestro intento  
el general, imagino  
que el mensajero en un pino  
fuera lisonja del viento.  
A ti no escribe, señor;  
que, como pides, a hablarte  
se allana, por obligarte,  
a desistir de tu error.

Lee

BERMUDO:

"Yo sirvo como leal

a quien me ha dado el bastón,  
y a quien sé que de Aragón  
es señora natural.  
Sancho Aulaga." Esto es, en suma,  
lo que me responde aquí.

CONDE:

Lo mismo me escribe a mi

RAMÓN:

Y aquí trasladó la pluma  
también las mismas razones.

NUÑO:

A reducirle me obligo  
en llegando a hablar conmigo.  
Pero ya de sus pendones  
se forma una selva inquieta  
en el collado vecino.

PEDRO:

Y de su campo imagino  
que a hablarte viene un trompeta.

Sale un TROMPETA

TROMPETA:

¿Quién es aquí el que se llama  
Alfonso, rey de Aragón?

PEDRO:

¿No lo publica el bastón,  
cuando lo calle la fama?

TROMPETA:

Sancho Aulaga, el general,  
dice que un puesto señales,  
donde entre los dos reales,  
solos, en distancia igual  
os podáis los dos hablar.

NUÑO:

A la orilla de esa fuente  
que de cristal transparente  
tributaria corre al mar,  
decid que solo le espero.

Al cuerpo del escuadrón  
os retirad.

PEDRO:  
Aragón  
con esto envaina el acero.

Vanse los señores y el TROMPETA

ZARATÁN:  
¡Plega a Dios! Que es el vivir  
linda joya, y barbarismo  
buscarse un hombre a sí mismo  
aderezos de morir;  
que sin la guerra hay contrarios  
para quien morir desea,  
pues hay melón y lamprea,  
mujeres y boticarios.

Vase

NUÑO:  
Ya viene Sancho. Deseo  
que reste en ventura igual,  
pues le veo general,  
y rey de Aragón me veo;  
y aunque venga a ver perdido  
el bien que llego a tener,  
no puedo al menos perder  
el bien de haberlo tenido.

Sale SANCHO Aulaga, en cuerpo, con bastón

SANCHO:  
Guárdete Dios; que aunque seas  
fingido rey, en efeto,  
para hablarte con respeto,  
basta que el nombre poseas.  
Esto supuesto, y que fío  
que ni podrás engañarme,  
ni con dones obligarme  
a que del intento mío  
desista, te vengo a oír.  
Abrevia, pues; que a su Alteza  
le prometí tu cabeza,  
y hoy lo pretendo cumplir.

NUÑO:

Engañado, Sancho, estás;  
que a ti con desengañarte,  
espero más obligarte  
que engañando a los demás.  
¡Ay, Sancho! ¡Quién no tuviera  
de los campos enemigos  
tantos ojos por testigos,  
porque abrazarte pudiera  
mil veces, hasta que el pecho,  
de la sed y la impaciencia  
de tan dilatada ausencia,  
llegase a estar satisfecho!  
No soy el rey, Sancho, no;  
tu padre sí, Nuño Aulaga,  
que en la batalla de Fraga  
lloraste muerto, soy yo.

SANCHO:

¿Qué? ¿Qué dices?

NUÑO:

No te alteres.  
Mis casos, y la ocasión  
escucha de mi intención.

SANCHO:

Sin duda engañarme quieres  
con el mismo desengaño.  
¿Tú mi padre? ¿Mi valor  
pudo engendrar un traidor  
a su rey?

NUÑO:

¡Qué ciego engaño!  
Si es lícito por reinar  
ser traidor, ¿quién lo emprendiera  
sino el que un hijo pudiera  
de tal valor engendrar?  
Por lo que te importa a ti,  
atención sólo te pido,  
y después de haberme oído,  
haz lo que quisieres.

SANCHO:

Di.

NUÑO:

Doña Teodora de Lara,  
si muy noble, bella mucho,  
cautivó mis pensamientos  
en mis juveniles lustros.  
Cegóme el amor de suerte,  
que no reparara el gusto  
en los públicos defetos,  
cuanto más en los ocultos.  
No la igualaba mi sangre;  
que aunque de hidalgo presumo,  
dista un hidalgo escudero  
de un hidalgo señor, mucho,  
y ella era sangre de Laras;  
pero mi riqueza supo  
y mi industria conformar  
con mis intentos los suyos.  
Diome, al fin, la blanca mano;  
y cuando el silencio obscuro  
de la noche de mis bodas  
invidiar mis dichas pudo,  
a lastimarse empezó  
de que cayese en un punto  
desde las glorias de un cielo  
a un infierno de disgustos,  
pues conocí... ¡Qué vergüenza!  
Aunque decirlo rehusó,  
por ser importante al caso  
a mi pesar lo descubro.  
Conocí, al fin, en Teodora  
de su honor perdido el hurto,  
y que no era yo el primero  
que amor en sus brazos puso.  
¡Qué venganzas impacientes,  
qué reportados discursos,  
júzgalo tú, me tendrían  
ya resuelto, ya confuso!  
Al fin, por no publicar  
mis afrentas, disimulo,  
poniéndome el honor mismo  
espuela y freno en un punto.  
No por esto a perdonar,  
sí a dilatar, me reduzgo  
para mejor ocasión

la venganza que procuro.  
El receloso cuidado  
los ojos de Argos me puso,  
aunque para ver mi ofensa  
menester no fueron muchos.  
Pues aun no el curioso examen  
empecé, cuando descubro  
que antes de darme la mano,  
gozó de su amor el fruto  
ése, que del rey privado  
era entonces, don Bermudo,  
padre del de Mompeller.  
Vine al fin a hallarlos juntos  
dentro de mi propia casa;  
y aunque no en el acto injusto,  
por los amores pasados  
la presente ofensa juzgo;  
y así, desnudé la espada  
celoso; pero no pudo  
la razón contra el poder,  
contra muchos brazos uno.  
Libróse al fin, y libróla,  
y en un convento la puso.  
Yo, que con el alboroto  
vi publicarse en el vulgo  
mi afrenta, pues aunque allí  
no cometiese Bermudo  
adulterio, la opinión  
es del honor el verdugo;  
como de su gran poder,  
y el poco que tengo, arguyo  
imposible la venganza,  
cuanto despechado mudo,  
a servir a Alfonso el fuerte  
partí a la guerra que tuvo  
en Fraga, sangrienta causa  
de sus funerales lutos;  
pues cuando se vio cercado,  
con pocos hombres, de muchos,  
las armas y sobrevista,  
por pelear más seguro,  
trocó su alteza conmigo;  
mas no por esto al membrudo  
brazo de un valiente moro  
dejó de quedar difunto.  
Yo, que rendido le veo,

en vano al socorro acudo;  
y así le dieron mis brazos,  
en vez de ayuda, sepulcro.  
La real sortija y sello  
le quité, y el golpe duro  
de la muerte en un pegaso,  
cuyos pies son alas, huyo;  
que de esto y llevar sus armas,  
su sobrevista y escudo,  
y ser en el rostro y talle  
un vivo traslado suyo  
nació la opinión que aun hoy  
afirma que no es difunto.  
Yo, pues, aunque entonces  
ya la nueva a la fama escucho  
que tú, de quien a Teodora  
dejé preñada, del mundo  
la luz hermosa gozabas,  
remotas regiones busco;  
que me desterró mi afrenta,  
más que tu amor me detuvo.  
Al Asia paso, y el nombre  
junto con la tierra mudo;  
todo por trazar mejor  
la venganza que procuro;  
y agora, que de los años  
me asegura el largo curso  
el efeto de este intento,  
y que del esfuerzo tuyo  
las nuevas determinaron  
mis vengativos impulsos;  
viendo en mí de Alfonso el fuerte  
tan verdadero transunto,  
que a cuantos le conocieron  
engañar mil veces pudo,  
vuelvo a Aragón a emprender  
el engaño que ejecuto,  
cuyo buen fin la Fortuna  
con discordias me dispuso.  
Los más grandes de este reino  
lo han creído ya, y por puntos,  
cuantos lugares visito,  
a mi obediencia reduzgo.  
Hijo, lo más está hecho;  
el provecho, Sancho, es tuyo.  
A honrarte y vengarme aspiro;



poderoso es don Bermudo;  
menos que por este medio  
mi venganza no aseguro.  
Tu amor y mi agravio han sido  
de mi lealtad los verdugos;  
mas mira si te es forzoso  
ayudarlos, pues el uno  
me obliga a justa venganza,  
y soy tu padre, y te cupo  
tanta parte de mi afrenta;  
y por el otro procuro  
acrecentarte hasta verte  
rey de Aragón y del mundo.

Apartándose SANCHE de NUÑO

SANCHE:

(¡Válgame Dios! ¿Es posible      *Aparte*  
que no es sueño lo que escucho?  
¿Es verdad, sagrados cielos,  
que es éste mi padre Nuño?  
Mas, ¡ay de mí!, siendo yo  
tan desdichado, ¿qué dudo?  
¿Cómo desventuras tales  
en mi suerte dificulto?  
¿A quién la Fortuna airada,  
sino a Sancho Aulaga, pudo  
combatir con tantos vientos,  
tan contrarios y confusos?  
"Mi padre, su agravio, un reino,"  
dicen bramando los unos;  
"Mi palabra, mi lealtad,  
mi obligación," los segundos.  
Mi amor, que adoro a Teresa;  
y mi honor, que el padre suyo  
me pague de mi opinión,  
muriendo, el agravio injusto.  
Amor, que ya está el agravio  
con el largo tiempo oculto,  
y honor, que borrar la afrenta  
sola la venganza pudo.  
Temo que descubra el tiempo  
que es éste mi padre Nuño;  
mas el amor paternal,  
la venganza y reino juntos  
dicen que mucho no alcanza

el que no aventura mucho.  
Mas, ¿qué es esto? ¿Dónde vuelas,  
precipitado discurso?  
¿Reino dije? En mi lealtad,  
¿cómo es posible que cupo  
ni aun el primer movimiento  
de tan detestable insulto?  
Mas si ya cayó en mi padre  
la mancha infame, ¿qué mucho  
que peque la sangre mía  
de los humores que tuvo  
aquel de quien la heredé?  
Mas no, Sancho, no disculpo  
por la inclinación el yerro.  
La sangre inclinaros pudo;  
mas sobre ella al albedrío  
dio el cielo imperio absoluto.  
Ceda a la ley la ambición,  
lo provechoso a lo justo;  
sed leal; que si primero,  
cuando mi pecho no supo  
si era Alfonso el fuerte o no  
el que a la reina se opuso,  
estábades en servirla  
tan firme, ya que no dudo  
que se le opone un traidor,  
y que es Alfonso difunto,  
mi obligación se acrecienta,  
sin que lo estorbe ser Nuño  
mi padre; que así la ley  
justamente lo dispuso.  
Si es mucho lo que ganaba  
siendo traidor, de eso arguyo  
mi valor; que ser leal  
perdiendo poco, no es mucho.  
Si ser por reinar traidor  
dijo que es lícito alguno,  
fue cuando la tiranía  
daba los cetros del mundo;  
fue cuando idólatras pechos  
no temieron ser perjuros;  
fue cuando el vasallo al rey  
natural amor no tuvo;  
mas hoy, que la sucesión  
les da derecho tan justo;  
hoy, que el amor se deriva,

por legítimo transcurso,  
de los padres a los hijos;  
hoy, que del cristiano yugo  
a cumplir los juramentos  
obligan los estatutos,  
¿cómo por reinar podrá  
decir que es lícito alguno  
ser traidor, sino quien tenga,  
lejos del cristiano culto,  
mucho ambición, poca ley,  
sangre vil y pecho bruto?)

NUÑO:

¿Qué dudas? ¿Qué te suspendes?

SANCHO:

Después de varios discursos  
vengo a resolver que tú  
es imposible ser Nuño.  
Engaños son que fabricas;  
porque quien tal hijo tuvo  
como yo, incurrir en culpa  
de infame traición no pudo,  
ni ser liviana mi madre,  
ni dado que del conyugio  
la ley violase, dejara  
de matar a don Bermudo  
mi padre entonces, si fuera  
rey del Ganges al Danubio;  
y así, no sólo de intento,  
por lo que has dicho, no mudo,  
pero estoy en él más firme,  
pues a ti mismo te escucho  
que no eres Alfonso el fuerte;  
con que ya del todo juzgo  
sin escrúpulo mi intento,  
y el de la reina más justo.

NUÑO:

¡Hijo...!

SANCHO:

¡No me llames hijo!

NUÑO:

¡Vive Dios, si no reduzgo

tu proterva obstinación,  
que para castigo tuyo  
he de publicar yo mismo  
que soy yo tu padre Nuño!  
La liviandad de Teodora  
sabr  de mi boca el mundo,  
por que así, muriendo yo  
a las manos de un verdugo,  
por padre y por madre seas  
f bula infame del vulgo.

SANCHO:

No importa, no; que mis hechos  
sabrán desmentir los tuyos,  
y mi valor tus engaños;  
que nadie creer  que pudo  
sol que tanto resplandece  
tener padres tan oscuros.  
Y si a decirlo te anima  
del tiempo el largo discurso,  
también de los años yo  
para negarlo me ayudo,  
pues ya, aunque mi padre fueras,  
no te conoce ninguno;  
y así, o muda parecer,  
puesto que yo no le mudo,  
o apercibe a resistir  
a mis soldados los tuyos.

NUÑO:

Empeñado, Sancho, estoy.

SANCHO:

Yo resuelto.

NUÑO:

Yo procuro  
tu aumento.

SANCHO:

Yo tu castigo.

NUÑO:

Yo soy tu padre.

SANCHO:

Difunto  
es mi padre. ¡Toca al arma!

NUÑO:  
¿Al arma? Pues sepa el mundo  
que soy...

SANCHO:  
¡Tente, no lo digas!  
¡Tente!

NUÑO:  
Si no te reduzgo,  
he de publicar quién soy.

SANCHO:  
(¿A quién la Fortuna puso     *Aparte*  
en un lance tan estrecho?)

NUÑO:  
Si yo no soy padre tuyo,  
¿por qué temes que lo diga?

SANCHO:  
Para dañarme eres Nuño;  
mas no para obedecerte  
en intento tan injusto.

NUÑO:  
Pues si no has de obedecerme,  
que soy tu padre divulgo.

SANCHO:  
Pues si o yo he de ser traidor,  
o tú decirlo, ¿qué dudo  
en decirlo yo primero?  
Sepa Aragón, sepa el mundo...

NUÑO:  
¡Tente, por Dios, hijo! ¡Calla;  
que no mi mal, sino el tuyo,  
a refrenarte me obliga!

SANCHO:  
Pues si en entrambos es uno  
el daño de publicarlo,

callemos entrambos, Nuño.  
Conténtate con que pueda  
esto con mi pecho el tuyo,  
y deja que en lo demás  
ejecute el fuero justo  
de la lealtad. ¡Toca al arma!

NUÑO:  
¡Toca al arma, y muera Nuño  
que engendró su patricida!

SANCHO:  
Sabe Dios que lo rehusó;  
pero la ley de lealtad  
contra la sangre ejecuto.

Vanse. Salen SOLDADOS

SOLDADO 1:  
Esto es hecho.

SOLDADO 2:  
Es caso cierto;  
que nunca al fin la verdad,  
aunque corra tempestad,  
deja de salir al puerto.

SOLDADO 3:  
Si los grandes, obligados,  
se rinden a la razón,  
¿qué ha de hacer todo Aragón?

Sale SANCHO

SANCHO:  
¡Al arma, al arma, soldados!

SOLDADO 1:  
¿Dónde vas?

SANCHO:  
Al arma toca.

SOLDADO 1:  
General, ¿quién ha de ser  
el que te ayude a emprender

facción tan injusta y loca?

SANCHO:

Si tengo en razón y en gente  
ventaja, ¿qué resta ya?

SOLDADO 1:

Tu campo te mostrará  
que te engañas, brevemente.  
¡Oye!

SOLDADO 4:

¡Viva Alfonso el fuerte! *Dentro*

SANCHO:

¿Qué es esto? ¿Quién ha causado  
tal novedad?

SOLDADO 1:

Informado  
el campo de que su muerte  
fue incierta, y que de Aragón  
los más ancianos confiesan  
ser él y su mano besan,  
está ya a su devoción  
toda tu gente.

SANCHO:

¡Mirad  
que no es Alfonso, soldados!

SOLDADO 1:

En casos tan comprobados  
es locura, y no lealtad,  
solo a todos resistir;  
y es mejor, sin duda alguna,  
sujetarte a la Fortuna  
que inútilmente morir.

SOLDADO 4:

¡Viva Alfonso! *Dentro*

SOLDADO 1:

Ya habrás visto  
que es sin fruto tu desvelo  
en resistir.

SANCHO:

(Sabe el cielo      *Aparte*  
que me alegro, aunque resisto;  
que es mi padre, y la razón  
puede impedir los intentos,  
pero no los movimientos  
de tan natural pasión.)

SOLDADO 1:

¿Qué determinas?

SANCHO:

Mil veces,  
morir yo solo leal.

SOLDADO 1:

Pues ya no eres general,  
pues a tu rey no obedeces,  
¡date a prisión!

SANCHO:

¡Qué traición!

SOLDADO 1:

Sólo es traidor quien se opone  
al rey.

Quítanle la espada, y préndenlo

SANCHO:

(La lealtad perdone,      *Aparte*  
si me alegra la prisión.)

NUÑO y BERMUDO, dentro; después, PEDRO Ruiz, el CONDE de Urgel,  
BERENGUEL, el señor de MOMPPELLER, don RAMÓN y ZARATÁN

NUÑO:

¡No le matéis! ¡Aguardad!      *Aparte*

BERMUDO:

¡Tened! ¡No le deis la muerte,      *Aparte*  
soldados!

SOLDADO 1:

De Alfonso el fuerte



viene ya la majestad,  
de todos obedecida.

Salen

NUÑO:  
Amigos, la fortaleza  
de mi reino y mi grandeza  
fundo sólo en esta vida.

SOLDADO 1:  
Por su ciega obstinación  
le hemos preso.

NUÑO:  
El general  
sirve así como leal  
a quien le dio su bastón,  
y vosotros habéis hecho  
también lo que os ha tocado;  
mas cuando desengañado,  
persuadido y satisfecho  
de que soy Alfonso esté  
Sancho, será su valor  
tan constante en mi favor  
cuanto en mi daño lo fue.

BERMUDO:  
Su vida, señor, te importa.

ZARATÁN:  
Ya, Sancho, no me daréis  
uña, aunque os enojéis;  
que el rey las uñas os corta.

NUÑO:  
Sancho, escucha.

Habla bajo con él

BERENGUEL:  
(Cuando vi *Aparte*  
en palacio el postrer día  
a Teresa, ¿no tenía  
al cuello esta banda? Sí.  
Ella es sin duda; ya son

ciertas mis sospechas. ¡Cielos,  
venganza piden mis celos!  
¡Yo buscaré la ocasión!

MOMPELLER:

Padre, escucha. Si advertiste,  
¿esta banda no tenía  
al cuello mi hermana el día  
que en el palacio la viste?

BERMUDO:

Si mal no me acuerdo, es ella.

MOMPELLER:

Pues con esto he confirmado  
mi sospecha, y ha llegado  
a ser rayo de centella.

Saca la daga

¡Vive Dios, que he de matarlo,  
aunque lo defienda el rey!

BERMUDO:

¡Hijo, detente!

MOMPELLER:

¿Qué ley  
padre, te obliga a librarlo?

BERMUDO:

¿No ves que el castigo hará  
más pública nuestra afrenta?

MOMPELLER:

Pues que su favor ostenta,  
la afrenta es pública ya.

BERMUDO:

Hijo, en negocios tan graves  
daña el arrojado ardor.  
Yo soy viejo, y tengo honor,  
y sé lo que tú no sabes.  
Mejor remedio pretendo.  
Hasta agora lo perdido  
es poco; por entendido

no te des; que yo me entiendo.  
(Porque no pierda opinión      *Aparte*  
su madre doña Teodora,  
es fuerza callar agora  
de ampararle la ocasión.)

SANCHO:

Daros la obediencia aquí  
bien veis que me ha de dañar,  
y dará qué sospechar,  
senor, de vos y de mí;  
pues me he rendido forzado,  
y lo que he debido he hecho,  
dejad que oculte mi pecho  
el contento que me ha dado  
veros ya rey de Aragón;  
si bien os puedo afirmar  
que a poderos estorbar  
la tirana posesión,  
venciera en mí la lealtad  
a la sangre. Esto os confieso;  
y así, pues me importa, preso  
a la corte me llevad;  
que pues ya es fuerza que os den  
la corona, y la obediencia  
la reina, tendré licencia  
de obedeceros también  
entonces, sin que argüir  
me puedan de deslealtad.

NUÑO:

Dices bien. ¡Preso llevad,  
pues no puedo reducir  
su proterva obstinación,  
a Sancho Aulaga!

SANCHO:

Primero  
daré la vida al acero,  
que a la reina de Aragón,  
Petronilla, no obedezca  
por legítima señora.

NUÑO:

Ése es justo intento agora;  
pero cuando ella me ofrezca,

después que me conociere,  
la obediencia, mudarás  
parecer o morirás.

SANCHO:

Lo que Petronilla hiciere,  
haré entonces disculpado.

NUÑO:

A Zaragoza marchad.

Vase

PEDRO:

(De rayos de tu beldad       *Aparte*  
me espero ver coronado  
presto, Petronilla hermosa.

Vase

RAMÓN:

(Agora, enemiga fiera,       *Aparte*  
verás si Ramón te hiciera  
con su mano venturosa.

Vase

CONDE:

(Hijo, presto pienso hacerte,   *Aparte*  
Más que imaginas, dichoso.)

Vase

BERENGUEL:

(¡Rabiando voy de celoso!)    *Aparte*

Vase

ZARATÁN:

Huélgome que ya la muerte  
no me daréis tan resuelto;  
que por mal considerado,  
el león os ha humillado,  
y pollino os habéis vuelto.

Vase

SANCHO:

(Preso va, Teresa hermosa,     *Aparte*  
el que volver vencedor  
te prometió. Tu favor  
contra la suerte forzosa  
poder, señora, no tiene;  
aunque por este camino  
mis intentos imagino  
que la Fortuna previene.  
Y tú, reina, pues he hecho  
cuanto pude, ya cumplí  
mi obligación; y si aquí  
resuelve callar mi pecho  
que es mi padre quien se opone  
aleve a tu majestad,  
sólo este error la lealtad  
a un hijo suyo perdone.)

### ACTO TERCERO

Salen NUÑO y BERMUDO

NUÑO:

Bermudo, ya que a mi imperio  
Petronilla está sujeta,  
con que en posesión quieta  
me juzgo de este hemisferio,  
importa que la ocasión  
evite; que donde está  
la paz tan tierna, podrá  
causar nueva alteración,  
Del reino los poderosos  
mi privanza solicitan,  
y ya contra mí se irritan,  
de lo que os quiero envidiosos.  
Vos solo sois mi privado;  
que por la antigua experiencia  
estoy de vuestra prudencia  
y lealtad bien informado;  
y así, para que gocéis  
de mis favores, de suerte  
que de la envidia y la muerte  
yo esté seguro, y lo estéis,

de modo, Bermudo amigo,  
hemos de vernos los dos,  
que ninguno sino vos  
sepa que priváis conmigo.  
Así se consigue el fin  
que pretendo y pretendéis.  
En vuestra casa tenéis,  
si bien me acuerdo, un jardín  
tan retirado, que allí,  
señalando puesto y hora,  
se podrá hacer lo que agora  
tratamos; que desde aquí  
en palacio ni de día  
ni de noche habéis de entrar  
porque no os pueda encontrar  
alguna envidiosa espía;  
pues la emulación no sabe  
reposar; para este fin  
me dad de vuestro jardín,  
Bermudo amigo, una llave,  
porque yo, en viendo dispuesta  
la ocasión y que no pasa  
gente, la goce.

BERMUDO:

Mi casa  
toda, gran señor, con ésta,  
que es maestra, abrir podéis;

Dásela

porque de toda no dudo  
daros llave, si en Bermudo  
la del corazón tenéis.

NUÑO:

Bien pueden finezas mías  
a igual amor obligaros.

BERMUDO:

¿Qué días he de aguardaros?

NUÑO:

Todos los festivos días  
queden aquí señalados  
para vernos.

BERMUDO:

¿A qué hora?

NUÑO:

Cuando la estrellada autora  
de yerros enamorados  
haya hecho la mitad  
de su curso. Mas primero,  
como noble caballero,  
la fe y palabra me dad  
del secreto.

BERMUDO:

Si el secreto  
mi provecho no mirara,  
el mandarlo vos bastara.  
Como quien soy lo prometo.

NUÑO:

Pues adiós; que ya los dos  
podemos dar, con hablar  
tanto a solas, qué envidiar.

BERMUDO:

¡Mil años os guarde Dios!  
(Esto es ser rey, esto es dar *Aparte*  
de justo y prudente indicios,  
pues sabe premiar servicios,  
y quejas sabe evitar.)

Vase

NUÑO:

Enemigo, así el efeto  
la mentirosa privanza  
le dispone a mi venganza  
sin peligro y con secreto.

Salen don PEDRO, SANCHE y ZARATÁN

PEDRO:

Poniendo en ejecución, s  
eñor, vuestro mandamiento,  
viene rendido y contento,  
libre ya de la prisión,

Sancho, a daros la obediencia.

SANCHO:

Pues Petronilla os la dio,  
a su ejemplo tengo yo  
para lo mismo licencia.  
Los labios pongo en la planta,  
con que vuestra Majestad  
venza el mundo.

NUÑO:

¡Conde, alzá!

SANCHO:

Vuestra mano me levanta  
con merced antes llegada  
a alcanzar que a merecer,  
para mostrar su poder  
con hacer algo de nada.

NUÑO:

En un valiente soldado  
no hay desmerecido honor;  
y aún no he premiado el valor  
y lealtad que habéis mostrado  
en defensa y en servicio  
de mi sobrina; y así,  
hace, aunque fue contra mi,  
el cumplir con vuestro oficio  
que os quiera, estime y alabe;  
que en la materia que digo,  
sólo sabe ser amigo  
quien ser enemigo sabe.

PEDRO:

Ya, señor, que vuestra alteza  
con tan pródigos favores  
ostenta los resplandores  
de su poder y grandeza  
a suplicaros me atrevo  
que en lo que habéis prometido  
los mostréis también.

NUÑO:

No olvido  
lo mucho, Azagra, que os debo.



Presto veréis el efeto.

PEDRO:

Y presto seré dichoso,  
si merezco ser esposo  
de tan divino sujeto.

NUÑO:

Y porque empiece a premiar,  
puesto que no satisfago  
vuestros méritos, os hago  
mi general de la mar.

PEDRO:

¡Mil años os guarde el cielo;  
que este brazo, habéis de ver  
que ofrece a vuestro poder  
todo el imperio del suelo!

Vase don PEDRO

ZARATÁN:

Por lo que de esta merced  
como a criado me toca,  
pongo en vuestros pies mi boca;  
que en este oficio creed  
que nadie saldrá mejor  
que mi dueño de su empeño;  
que es tan buen señor mi dueño,  
que no parece señor.  
Mas yo, que tanto celebro  
vuestra largueza y poder  
¿hasta cuándo he de leer  
el rétulo del cerebro?

NUÑO:

Piensa tú qué puedo darte  
que convenga con tu estado.

ZARATÁN:

Yo soy, señor, inclinado  
más a Minerva que a Marte.  
Dame un gobierno, y verás  
en Zaratán un Solón.  
Y por si de mi opinión  
poco satisfecho estás,

oye; que te he de mostrar  
cuánto alcanza mi capricho;  
que en Zaragoza se ha dicho  
que pretendes reformar  
leyes, costumbres y fueros,  
y yo con este cuidado  
estos puntos he pensado  
que dar a tus consejeros.

Saca un papel y lee

"Primeramente, porque son los pleitos  
peste de la quietud y las haciendas,  
pague todas las costas el letrado  
del que fuere en el pleito condenado;  
pues temiendo con esto el propio daño,  
dará al principio el justo desengaño;  
y las partes con esto, no teniendo  
quien en causas injustas las defienda,  
menos pleitos tendrán y más hacienda.  
Ítem, porque las frutas cuando empiezan  
se venden caras y después baratas,  
esto se haga al revés, pues es tan cierto  
que están al empezar verdes y duras,  
y después sazoadas y maduras.  
Ítem, porque haber pocos oficiales  
mecánicos y pocos labradores  
encarece las obras y labores,  
no se admitan sus hijos al estudio  
de letras, ni por ellas a las plazas  
de jüeces; pues si llegase un hijo  
de un dispensero a serlo, es evidencia  
que supuesto que es gato por herencia,  
aunque esté del león puesto en la cumbre,  
vuelve, en viendo el ratón, a su costumbre.  
Ítem, que o no se prendan los que juegan,  
o en los naipes se quite el dos de espadas,  
porque tiene las gentes engañadas,  
con licencia del rey, publica; luego,  
o quítenlo, o no prendan por el juego,  
pues permites venderlos, y no ignoras que  
no pueden servir los naipes de Horas.  
Ítem, que no se impongan los tributos  
en cosas a la vida necesarias,  
mas sólo en las que fueren voluntarias,  
en coches, guarniciones de vestidos,

en juegos, fiestas, bailes y paseos,  
pues ninguno podrá llamar injusto  
el tributo que paga por su gusto.  
Ítem, su majestad venda las plazas  
y oficios, pues habrá mil que las compren,  
y llevar puede el precio con derecho  
a quien da de una vez honra y provecho.  
Ítem, que no destierren a las damas  
de hombres casados, pues se irán tras ellas,  
y tendrán sus mujeres, con su ausencia,  
como dicen, tras cuernos penitencia.  
Ítem, que no se ocupen los varones  
en oficios que pueden las mujeres  
ejercer; que un barbón que ser pudiera  
soldado o labrador, no es bien que venda  
hilo y seda sentado en una tienda.  
Ítem, que cuando hay toros o otras fiestas,  
los dueños de terrados los arrienden  
abajo, porque arriba tiranizan  
el precio, y les dan más que justo fuera  
por no volver a andar tanta escalera.  
Ítem, que a los que premias con oficios,  
no aleguen el gozarlos por servicios,  
pues al pedirlos, por merced los piden,  
y no te han de obligar, pues se los diste,  
con la misma merced que les hiciste.  
Ítem, que pues por más que los persiguen,  
nunca al fin se remedian los garitos,  
como de naipes el estanco arriendas,  
de gariteros los oficios vendas.  
Ítem, porque no puede conseguirse  
que no anden rebozadas las mujeres,  
se tapen las rameras, pues con esto,  
por su opinión, las otras, es muy cierto  
que andarán con el rostro descubierto.  
Ítem..."

NUÑO:  
Basta.

ZARATÁN:  
Sí, basta, si he mostrado  
que soy para un gobierno acomodado.

NUÑO:  
Mil ducados te doy por los arbitrios.

ZARATÁN:

¡Vivas mil años! Voy por la libranza  
para que firmes. El primero he sido  
que por ser arbitrista ha enriquecido.

Vase

NUÑO:

¡Hijo, dame mil veces esos brazos;  
que por gozarlos se abrasaba el pecho!

SANCHO:

No menos deseaba yo estos lazos,  
si bien la ley de la lealtad ha hecho  
tan justa resistencia.

NUÑO:

Todo ha sido  
haber conmigo en opinión crecido.  
Sabe que ya he trazado mi venganza;  
en su mismo jardín he de dar muerte  
a solas a Bermudo.

SANCHO:

¿De qué suerte?

NUÑO:

Con esta llave, que me ha dado  
él mismo para verle de noche con secreto;  
que fingiendo que él solo es mi privado,  
y quiero que lo encubra retirado  
por no causar invidias, he dispuesto  
vengar mi afrenta en su jardín, de suerte  
que él solo sepa que le da la muerte  
Nuño Aulaga en venganza de su agravio.

SANCHO:

¿Hete de acompañar?

NUÑO:

De ningún modo;  
antes, para evitar toda sospecha,  
la noche que yo vaya a ejecutarlo,  
a Petronilla has de asistir; y advierte  
que te finjas con ella de mi suerte

y de la suya pesarosa. Empieza  
a mostrarle afición; que hasta su alteza  
de grado en grado pienso levantarte,  
y con su mano su corona darte.

Vase

SANCHO:

¿Qué máquinas son éstas? ¿Qué combates,  
temores, penas, dudas, confusiones?  
¿Agora a tan constante amor te opones,  
ciega ambición? ¿Agora de Teresa  
quieres que olvide la adorada empresa?  
Antes mi humilde estado lo impedía,  
y agora, que mi dicha me levanta  
a poder merecer belleza tanta,  
¿tan nuevo pensamiento me divierte?  
Mucho repugna a nuestra unión la suerte.  
Mas no, Teresa, no; no hay más tesoro  
ni reino que gozar el bien que adoro.  
Tuyo he de ser. Mas ya el Amor me acusa  
que no es tu fino amante el que no excusa  
la muerte de tu padre. Mas se opone  
respondiendo el honor que amor perdona.  
Sólo muere el agravio en la venganza,  
y el de mi padre con razón me alcanza.  
Y pues has de ignorar que es padre mío  
quien mata al tuyo, y cuando lo estorbara,  
nada con tal fineza te obligara,  
pues no puedes saberla, ¿qué me aflijo?  
con ser amante cumplo y con ser hijo;  
que ni a ti te está bien, si has de ser mía,  
que a un hombre cuyo padre está afrentado,  
la mano des antes de estar vengado.

Vase. Salen BERMUDO y TERESA

BERMUDO:

¿Qué fiera melancolía  
es ésta? ¿Qué sentimientos,  
afligen tus pensamientos,  
querida Teresa mía?  
¿No me dirás la ocasión?  
Habla por tu vida. ¿A quién  
puedes descubrir más bien  
que a tu padre tu pasión?

TERESA:

Señor, si el tormento mío  
otro remedio tuviera,  
si de mi mal estuviera  
la ocasión en mi albedrío,  
nada pudiera conmigo  
obligarme a declarar  
ni a decirte a mi pesar  
lo que con vergüenza digo.  
Desde el primero verdor  
de mi juventud, me inquieta  
con inclinación secreta  
de Sancho Aulaga el amor.  
No ser de mi calidad  
lo tuvo en justa opresión;  
que le debe esta atención  
tu sangre a mi ceguedad;  
mas hoy, que le miro honrado  
de un título, y que la fama  
Sancho el valiente le llama,  
y que del rey es privado,  
llega ya a ser elección  
la que inclinación ha sido,  
y en mi pecho ha consentido  
con el gusto la razón;  
y así...

BERMUDO:

¡Calla! ¿Puede ser  
que así olvides que es tu padre  
Bermudo, y que fue tu madre  
señora de Mompeller?  
¿Tú piensas que te he sacado  
de palacio, aunque fingir  
lo quise así, por vivir  
de su inquietud retirado?  
Pues no fue, no, la ocasión  
ésa, sino haber sabido  
que la reina ha consentido  
de Sancho la pretensión.  
¿Posible es que se te esconde  
que es su ventura accidente,  
y puede ser fácilmente  
que ése que estimas por conde  
vuelva a su primer estado,

y aunque del rey es querido,  
llores mañana abatido  
al que hoy celebras privado?  
¿No adora don Berenguel  
tu hermosura? ¿No es galán?  
¿Mil títulos no le dan  
los del condado de Urgel?  
Pues, ¿qué locos pensamientos  
te divierten? Vuelve en ti,  
y lo que te he dicho aquí  
mira con ojos atentos,  
sin otros inconvenientes  
que no puedo declararte;  
¡que, vive Dios, de matarte  
primero que tal intentes!

Vase

TERESA:

¿Que me matarás primero  
que tal intente? ¿Qué importa?  
Ningún temor me reporta  
de morir, pues de amor muero.  
¿A qué muerte, a qué delito  
no me expondrá mi impaciencia,  
si en la misma resistencia  
se enfurece el apetito?  
¡Vive el cielo, que he de ser  
tuya, Sancho! Mi albedrío  
no es de mi padre, que es mío,  
y yo tengo de escoger  
esposo, si al mundo pesa.  
Valor tienes, y yo amor,  
y armada de tu valor,  
no teme al mundo Teresa.

Sale INÉS

INÉS:

¿Qué es esto, señora?

TERESA:

Inés,  
justas impaciencias son,  
con que mi ciega pasión  
llega al extremo que ves.

Toma el manto y busca luego  
a Sancho Aulaga el valiente.  
Dile que ya no consiente  
más dilación tanto fuego;  
que a verme esta noche venga  
por el jardín a las doce.

INÉS:

Pues, ¿no adviertes...?

TERESA:

Quien conoce  
que es loco Amor, no prevenga  
peligros. Pues cierta estás  
de lo que puede conmigo,  
parte al punto; haz lo que digo  
y no me preguntes más.

Vase

INÉS:

Ésta es la misma ocasión,  
Berenguel, que has deseado.  
Liberal me has obligado  
a ayudar tu pretensión.  
Pues de la noche asegura  
la oscuridad nuestro intento,  
logra de tu pensamiento  
por engaño la ventura;  
que Bermudo mi señor  
cuando llegase a entenderlo,  
pienso que ha de agradecerlo;  
que es de tu parte en tu amor.

Vase. Salen MOLINA y VERA, de noche

MOLINA:

¿Hasta cuándo hemos de ser  
estafermos de esta esquina?

VERA:

Esto es merecer, Molina.  
El que sirve ha menester  
paciencia.

MOLINA:



Vera, el estar  
cada noche aquí en espía  
hasta que nos echa el día  
sin fruto, ¿no ha de cansar  
a un mármol?

VERA:  
Don Berenguel  
se entiende.

MOLINA:  
Quizá no entiende.  
si él a Teresa pretende,  
y ella se muestra crüel,  
¿qué sirven estos extremos?  
¿Hala de obligar a amalle  
con que nosotros la calle  
toda la noche guardemos?

Sale ZARATÁN, desatacándose apríesa

ZARATÁN:  
¡Ah, dispensero! ¡Mal haya  
quien de Judas te ordenó!

MOLINA:  
¿Quién va?

ZARATÁN:  
Quien se va.

MOLINA:  
¿Quién?

ZARATÁN:  
Yo.

VERA:  
Aguarde.

ZARATÁN:  
Antes que me vaya,  
dejad que me vaya.

MOLINA:  
Espere,

y ese enigma nos explique.

ZARATÁN:  
Luego vuelvo.

MOLINA:  
No replique.

ZARATÁN:  
Pues después, si el caso hediere,  
perdonen.

VERA:  
Acabe, diga.

ZARATÁN:  
Zaratán soy, un criado  
de Pedro de Azagra. Ha dado  
su familia, que enemiga  
es siempre del dispensero,  
en chupalle cierta bota  
de un oloroso candiota...  
¡Dejadme por Dios, que muero!

MOLINA:  
Prosiga.

ZARATÁN:  
Supo tan bien  
probarlo el ladrón, que hinchó  
la bota, y al vino echó  
tal cantidad de hojasén,  
que cuantos de ella bebimos  
pagamos la reincidencia,  
y conoce en la correnca  
a los que en el hurto fuimos.  
Envióme mi señor  
a un recado; y el tal vino  
tanto ha obrado en el camino,  
que parezco medidor  
de tierras, pues mis calzones  
son testigos, que he dejado  
cuantas calles he pasado,  
señaladas de mojones.  
Y porque el recado aguarda,  
que yo llevo tan despacio,

Sancho el valiente en palacio,  
que es esta noche de guarda  
del príncipe, a la estafeta  
le dad licencia los dos,  
o soltaré--¡vive Dios!--  
la lazada a la agujeta.

Vase

MOLINA:  
Por Dios, que es entretenido.

VERA:  
Graciosamente ha contado  
su historia.

Sale BERENGUEL

BERENGUEL:  
Y yo me he alegrado,  
amigos, de haberle oído  
que es esta noche de guarda  
Sancho.

MOLINA:  
¡Señor! ¿Pues oíste  
la plática?

BERENGUEL:  
Sí, y consiste  
la ventura que me aguarda,  
en eso. Llegad conmigo  
a la puerta del jardín  
de Teresa; que hoy el fin  
de mi esperanza consigo  
con un engaño que pudo  
negociar el interés  
con su camarera Inés,  
por cuyo medio no dudo  
que hoy he de tener venganza  
de su desdén y el favor  
de la banda, en que su amor  
a Sancho le dio esperanza.

Sale INÉS a una puerta

INÉS:  
¿Es Berenguel?

BERENGUEL:  
¿Es Inés?

INÉS:  
Yo soy; mas, ¿qué gente es ésta?

BERENGUEL:  
Si pueden, sin que Teresa  
lo entienda, entrar los que ves,  
personas de pecho son;  
y en cosas de tanto peso,  
para cualquiera suceso  
importa la prevención.

INÉS:  
Entren, más...

Vanse. Salen BERENGUEL, INÉS, MOLINA y VERA

INÉS:  
Quédense aquí  
tras esta hiedra escondidos.

BERENGUEL:  
Estad siempre apercebidos.

MOLINA:  
Morir sabremos por ti.

Arrímanse MOLINA y VERA, y van andando por el teatro INÉS y  
BERENGUEL a obscuras y con recato

INÉS:  
Teresa está en esta fuente.  
Logra de tu amor el fin,  
y no temas; que el jardín  
dista espacio suficiente  
de la casa, para dar  
seguridad a tu intento.

Sale TERESA

TERESA:

(Abrasado pensamiento, *Aparte*  
ya no es tiempo de dudar  
lo que habéis determinado  
con amor.)

INÉS:  
Aquí, señora,  
está el que tu pecho adora.

TERESA:  
¡Sancho mío!

BERENGUEL:  
¡Dueño amado!

TERESA:  
Todo esto sabe emprender  
quien tiene amor.

INÉS:  
¡Oye, tente;  
que en el jardín siento gente!

TERESA:  
¡Ay de mí! ¿Quién puede ser?

BERENGUEL:  
Pues mi valor te asegura,  
pierde el temor.

TERESA:  
Los oídos  
apliquemos escondidos  
de este nido en la espesura.

Arrímanse a un lado. Salen BERMUDO y NUÑO

NUÑO:  
¿Estamos solos, Bermudo?

BERMUDO:  
Tan solos, que de esta fuente  
puede el raudal solamente  
romper el silencio mudo.

VERA:

(Dos hombres son: ¿quién serán?) *Aparte*

MOLINA:

(O son griegos de esta Troya, *Aparte*  
o se mueven por tramoya  
las figuras de arrayán.)

BERMUDO:

Aquí vuestra majestad  
puede asentarse.

NUÑO:

Bermudo,  
asentaos.

Siéntanse NUÑO y BERMUDO de suerte  
que a sus espaldas estén TERESA, BERENGUEL e INÉS

TERESA:

(¿Qué caso pudo *Aparte*  
causar tan gran novedad?  
El rey y mi padre son.)

INÉS:

(En grande peligro estamos.) *Aparte*

BERENGUEL:

(Lo que platican oyamos *Aparte*  
con silencio y atención.

NUÑO:

Bermudo, ¿acaso tenéis  
memoria de Nuño Aulaga?

BERMUDO:

Sí, señor, y en lo de Fraga  
con vos se perdió.

NUÑO:

¿Sabéis  
el agravio que le hicistes  
con su mujer, don Bermudo,  
y que vengarse no pudo  
por el poder que tuvistes?

BERMUDO:

¡Señor!... (No sé qué recelo      *Aparte*  
me ha dado mi corazón.)

NUÑO:

Bermudo, a ofensas que son  
cometidas contra el cielo,  
si el castigo se dilata,  
llega en la vida o la muerte.  
Yo no soy Alfonso el fuerte;  
Nuño Aulaga es el que os mata  
en venganza de su afrenta.

Saca la daga y vale a dar, y arrójanse sobre  
él TERESA y BERENGUEL, y tíénenlo

TERESA:

¡Ah, traidor!

BERENGUEL:

¡Tente, traidor!  
¡Molina! ¡Vera!

Llegan VERA y MOLINA

MOLINA:

¡Señor

BERMUDO:      ¡Prendedle!

Atanlo

NUÑO:

Aleves, ¿qué intenta  
contra el rey vuestra osadía?

BERENGUEL:

¡Todo lo habemos oído,  
Nuño Aulaga!

BERMUDO:

¡Rey fingido,  
llegó de tu muerte el día!

NUÑO:

¡Dádmela, ya que la suerte  
no me ha dejado vengar!

BERMUDO:

¡Tu vida pienso guardar  
a más afrentosa muerte!

Mas, ¿quién es quien me ha librado  
de tal riesgo?

BERENGUEL:

Berenguel.

TERESA:

(¿Hay tal engaño?) *Aparte*

BERENGUEL:

Por él  
tu padre el cielo ha guardado  
Delito ha sido de amor,  
que quise más descubrir,  
Bermudo, que consentir  
que os diese muerte un traidor.  
Todo ha sido engaño mío;  
que Teresa está inocente.

BERMUDO:

No es ocasión la presente  
de averiguarlo, y yo fío  
que satisfaceréis mi honor.

MOLINA:

Atado está ya de suerte  
que aunque fuese Hércules fuerte,  
no se librara el traidor.

BERMUDO:

Quede por agora preso  
en mi casa.

NUÑO:

¡Ay, cielo santo!

BERMUDO:

Llamad mi hijo, y en tanto  
que de este extraño suceso  
me parto con Berenguel  
a dar a su majestad  
cuenta, los dos os quedad



con mi hijo en guarda de él.

VERA:

Vamos.

BERMUDO:

Entrad.

BERENGUEL:

¡Ay, Teresa,  
que gran ocasión perdí!

Vanse

NUÑO:

(¡Hijo del alma, por ti *Aparte*  
sólo de mi mal me pesa!

Llévanle

INÉS:

(Aunque mi engaño ha importado *Aparte*  
tanto, me quiero ausentar;  
que la sogá ha de quebrar  
al fin por lo más delgado.

Vase

TERESA:

¿Qué es esto, cielo, qué es esto?  
¿En qué tanto os ofendí,  
que de una vez contra mi  
del todo os habéis opuesto?  
Aquí de mi estado honesto  
he perdido la opinión,  
aquí perdió mi afición  
de Sancho ya la esperanza,  
pues tan infame mudanza  
pone su padre en prisión.  
Aquí se ha opuesto a mi amor  
la obligación y el decoro,  
pues mi padre es del que adoro  
el enemigo mayor.  
Hijo es Sancho de un traidor.  
Perdíle, y perdí con él  
la opinión, y a Berenguel,

que ha visto mi liviandad.  
¡Cielo, la muerte me dad,  
y seréis menos crüel!

Vase. Sale PEDRO Ruiz

PEDRO:

¿Posible es que Nuño Aulaga  
tanto me pudo engañar?  
Ya, ¿qué medio puedo hallar  
que a la reina satisfaga?  
Por cómplice ha de tenerme  
del engaño. Estoy corrido,  
y en mi intento me he perdido,  
con lo que pensé valerme.  
Si antes de esto endurecida  
se mostraba a mi deseo,  
¿qué espero cuando la veo  
reina ya y de mí ofendida?  
A Murcia me he de pasar,  
pues me convida el rey moro  
con sumas de plata y oro,  
y aquí no hay ya qué esperar  
sino agravios y venganzas.

Sale SANCHO

SANCHO:

¿Qué esperáis con esta vida,  
Fortuna, de mí ofendida?  
¿Qué quieren vuestras mudanzas  
a quien le cansa el vivir?

PEDRO:

Sancho, amigo, ¿adónde vais?

SANCHO:

¡Ay de mí! ¿Qué preguntáis  
a un desdichado? A morir,  
a morir infamemente,  
pues me dan padre traidor.

PEDRO:

¿Agora os falta el valor?

SANCHO:

¿Quién es fuerte, quién prudente  
en caso tan desdichado?

PEDRO:

No menos que vos lo siento,  
pues en su alevoso intento  
quedo también indiciado  
de cómplice; y así, quiero  
pasarme a Murcia. Conmigo  
os venid, Aulaga amigo;  
que este brazo y este acero  
ofrezco en vuestra defensa.  
(Si a Murcia le llevo, fío     *Aparte*  
que con su valor y el mío,  
de tu desdén y mi ofensa,  
reina, me veré vengado.  
A esto solamente aspiro.)

SANCHO:

Por todas partes me miro  
de inconvenientes cercado.  
(¡Ay, grandeza! ¡Ay, opinión     *Aparte*  
¡Ay, padre! ¡Ay, Teresa mía!  
Todo lo pierdo en un día.  
Mas, ¿cómo de tu afición  
me acuerdo, ingrata, crüel,  
y en medio de tantas penas  
a más dolor me condenas?  
¡Que en el jardín Berenguel  
tus brazos entró a gozar!)

Sale ZARATÁN

ZARATÁN:

¿Qué haces aquí tan de espacio,  
Sancho Aulaga? Que en palacio  
se acaba de publicar  
la sentencia en que ha mandado  
la junta al punto prenderte,  
y al preso a afrentosa muerte  
de horca vil han condenado.

SANCHO:

¿Qué dices?

ZARATÁN:

Si no confías  
que digo verdad en esto,  
con las campanillas presto  
lo dirán las cofadrías.

SANCHO:

¿Qué paciencia, qué valor  
basta a combates tan fieros?  
Los señores consejeros,  
ya que al preso por traidor  
a la muerte han condenado,  
para que en horca no fuera,  
¿no repararán siquiera  
que por padre me le han dado,  
aunque en ello el mundo miente?  
¿No advirtieran que me llama  
por mis hazañas la fama,  
con razón, Sancho el valiente?  
Azagra, mi pecho intenta  
vuestro consejo seguir.  
A Murcia vamos a huír  
tanto agravio, tanta afrenta;  
mas primero he de emprender  
dos cosas con vuestro amparo,  
pues con él, amigo, es claro  
que no se me han de atrever.

PEDRO:

En todo estad satisfecho  
que a ese lado me tendréis.

SANCHO:

Venid conmigo, y sabréis  
lo que emprende un noble pecho.

Vanse

ZARATÁN:

Mosca lleva; y aun yo he echado  
también un lance gentil,  
pues la merced de los mil  
con esto en ciente se ha helado.  
Mas hoy me llevo a vengar  
del traidor. ¿Qué será ver  
al que rey vimos ayer,  
hoy colgado pernear?

¡Extrañas cosas se ven!  
Guarde Alfonso el verdadero,  
no parezca; porque infiero  
que lo colgaran también.

Vase. Sale NUÑO, con prisiones y un SECRETARIO, con un papel

SECRETARIO:

Ésta es la sentencia; agora  
resta no más advertiros  
que tratéis de apercebiros;  
que ha de ser dentro de un hora.

Vase

NUÑO:

Esto es hecho, corazón;  
éste es, al fin, el trofeo  
de un vengativo deseo,  
y una alevosa ambición.  
¡Ay, hijo del alma mia!  
¿Es posible que ha de hacerte  
infame mi infame muerte,  
sin honra mi alevosla?  
¿No tuviera yo con qué  
darme la muerte, primero  
que ponga el verdugo fiero  
sobre mi cerviz el pie?

Sale SANCHO

SANCHO:

(Mostrad agora, valor, *Aparte*  
lo que el honor puede en mí.)

NUÑO:

¿Quién es?

SANCHO:

(Ya estamos aquí. *Aparte*  
venza el honor al amor.)  
¡Padre!

NUÑO:

¡Hijo de mi vida!  
¿Tal peligro has emprendido?

SANCHO:

La autoridad me ha valido,  
en acción tan atrevida,  
de Azagra, y un despechado  
no teme peligros, no.  
Ya, padre, ya, ya llegó  
al más miserable estado  
que ha podido nuestra suerte,  
pues cómplice me publican  
vuestro, y a vos os dedican  
a la más infame muerte;  
y así, aunque ser he negado  
vos Nuño, y que es testimonio  
que inducidos del demonio  
mis émulos han trazado,  
he dicho, y a sustentarlo  
en el campo he de ofrecerme,  
es forzoso resolverme  
antes, padre, a remediarlo,  
que tan vil pena se llegue  
a ejecutar; pues si os llama  
Nuño y mi padre la fama,  
me infama, aunque yo lo niegue.  
Un hora de vida os resta,  
de afrenta una eternidad;  
con muerte oculta evitad  
infamia tan manifiesta.  
La ganancia es conocida;  
que no es honrado el que intenta  
no evitar siglos de afrenta  
por lograr puntos de vida;  
y no es bien que quien se llame  
mi padre, y rey de Aragón  
se vio, aguarde un vil pregón,  
espere un suplicio infame.  
Y así, porque ha de agradaros  
este intento, según fío  
de vuestro valor, el mío  
viene sólo a presentaros  
este puñal. Vuestra mano  
redima su afrenta aquí,  
si no queréis darme a mí  
oficio tan inhumano.

NUÑO:

No pienses que ha de excusarlo;  
que a mí, para concluirlo,  
te anticipaste en decirlo;  
pero no en determinarlo.

SANCHO:

Agora sí que has mostrado  
que eres mi padre.

NUÑO:

Y tu pecho  
agora, con lo que ha hecho,  
muestra que yo te he engendrado.  
Tú has de ser ejecutor  
de mi muerte; que no quiero  
quitar, si a mis manos muero,  
esta gloria a tu valor.  
Pues queda así redimida  
mi afrenta, celebre España  
que dimos para esta hazaña,  
el golpe tú, y yo la vida.

SANCHO:

No, padre; pues que tenéis  
valor en determinarlo,  
teneldo en ejecutarlo  
vos mismo; no me obliguéis  
a tan inhumana acción.

NUÑO:

No tenéis que resistir;  
que con vos he de partir  
la gloria de esta facción;  
que la afrenta que en mi muerte  
amenazaba a los dos,  
en fama eterna yo y vos  
trocaremos de esta suerte:  
yo, con quitarme la vida  
la mano más valerosa,  
pues hace la muerte honrosa  
el valor del homicida;  
y vos con mostrar tan fuerte  
pecho y heroico valor,  
que le deis por vuestro honor  
a vuestro padre la muerte.

SANCHO:

¡Señor!

NUÑO:

No hay que replicar;  
ya me ofende el resistir;  
que, o aquí no he de morir,  
o vos me habéis de matar.  
Esto os mando cuando muero,  
y con esta manda os pago  
cuanto os debo, pues os hago  
de tal hazaña heredero.

SANCHO:

Pues estás determinado,  
yo te obedezco; y si aquí  
también no me mato a mí,  
sólo es por verte vengado.

NUÑO:

Sí, hijo; pues de tu madre  
la ofensa y la de Bermudo  
vengar tu padre no pudo,  
vive a vengar a tu padre  
y a ti. Pues se ha publicado  
ya mi agravio, y ya te alcanza  
la infamia, y a la venganza  
quedas con esto obligado.  
Mas de los ministros ya  
siento el rumor. El acero  
mueve... El abrazo postrero,  
hijo, y la muerte me da.

Abrázanse, y SANCHO levanta el brazo como  
para darle, y se entran

SANCHO:

Un tan honroso rigor  
alma tiene de piedad;  
que es generosa crueldad  
la crueldad por el honor.

Vanse. Salen la REINA, el CONDE de Urgel, BERENGUEL, BERMUDO, don  
RAMÓN, el PRÍNCIPE, el señor de MOMPPELLER, TERESA y COMPAÑAMIENTO.  
La REINA y el PRÍNCIPE se asientan en un trono; don RAMÓN saca un pendón, y otros  
una corona y cetro en una fuente



REINA:

Ya que el cielo ha permitido,  
caballeros de Aragón,  
que hayáis vuestra sinrazón  
y mi razón conocido,  
hoy renuncia mi persona  
en el príncipe, que eterno  
goce con paz el gobierno,  
el reino, cetro y corona.

Pónele corona y cetro

¡Viva Alfonso, en voz altiva  
repetid, rey de Aragón!  
Y tremolad su pendón.

Tremolando el pendón

RAMÓN:

¡Viva Alfonso!

TODOS:

¡Alfonso viva!

Sale TEODORA, enlutada

TEODORA:

Generosa Petronilla,  
rey Alfonso, cuya fama  
por la espada y por la pluma  
viva por edades largas,  
hoy, que la fiesta del día  
mercedes promete francas,  
llega humilde a vuestros  
pies doña Teodora de Lara.  
Perdonad si a esto se atreve  
la mujer de Nuño Aulaga;  
que es atrevido el dolor,  
loco el temor de la infamia.  
No pido su vida, no;  
que a tan injusta demanda  
ni se atreve mi deseo,  
ni se alienta mi esperanza;  
sólo pido que atendiendo  
a la opinión y a la fama

de su mujer, a quien honra  
sangre ilustre de los Laras,  
y a los servicios de un hijo,  
cuya lealtad, cuyas armas  
son espejo y son asombro  
de gentes propias y extrañas,  
mudéis del castigo el modo  
y del suplicio la infamia;  
que ha de alcanzarme también,  
no estando también culpada.

Salen PEDRO Ruiz y SANCHO

SANCHO:

¡Calla, repórtate, escucha;  
que en vano querellas gastas,  
pues ni es vivo ya el que lloras,  
ni es el muerto Nuño Aulaga!  
Reina Petronilla, Alfonso,  
de quien Aragón aguarda  
que al número de los días  
se aventajen las hazañas,  
yo soy Sancho Aulaga, yo  
soy el que el Valiente llaman.  
Hoy soy el mismo que he sido  
en las edades pasadas.  
Yo soy aquél que os he dado  
más ciudades... Más batallas  
que vasallos heredastes,  
he vencido con mis armas.  
Yo soy, reina, yo, no sé  
cómo la memoria os falta,  
el que en este lugar mismo,  
viendo que os desamparaban  
los que presentes me escuchan,  
solo desnudé la espada,  
y solo ofrecí la vida  
a defender vuestra causa.  
Yo soy el que solo a todos,  
cuando en el campo besaban  
la mano al traidor, a voces  
dije, "¡Mirad que os engaña;  
que es un traidor, y no Alfonso!"  
Y a no quitarme las armas  
del lado mi propia gente,  
entonces ya mi contraria,

si no pudiera venciendo,  
muriendo al menos, mostrara  
que os era leal yo solo  
cuando todos os faltaban.  
Yo soy el mismo que preso  
desprecié sus ameilazas,  
y hasta que vos se la distes,  
la obediencia le negaba.  
Pues, ¿por qué vuestro consejo  
solo a mí prender me manda?  
Si le mueve el presumirme  
cómplice de su tirana  
traición ser mi padre Nuño,  
donde hay evidencias tantas  
en mi favor, ¿no se borra  
esa presunción liviana?  
Mienten cuantos entendieren  
que en mi lealtad cupo mancha;  
y se engaña don Bermudo,  
y don Berenguel se engaña,  
en afirmar que el traidor  
es mi padre, Nuño Aulaga;  
y en decir que de Bermudo  
pretendió tomar venganza,  
porque con doña Teodora  
le ofendió, también se engañan;  
pues es claro que ni ser  
pudo mi madre liviana,  
ni ser traidor ni afrentado  
el padre de Sancho Aulaga.  
Y si bien yace a mis manos  
difunto ya, porque basta  
que, aunque engañada, le nombre  
padre de Sancho la fama  
para que así le impidiese  
del vil suplicio la infamia;  
a Bermudo, a Berenguel  
y al mundo con esta espada  
les probaré cuerpo a cuerpo  
que han sido sus lenguas falsas.  
Concededme campo, Alfonso,  
y señalad la estacada,  
pues no lo podéis negar,  
según los fueros de España.

BERMUDO:

Basta, Sancho, que no puedo  
aceptar, por muchas causas,  
el desafío que intentas,  
pues quieren probar tus armas  
pues ni el traidor fue tu padre  
ni fue tu madre liviana,  
y definiendo yo lo mismo;  
y pues murió Nuño Aulaga  
con que del justo silencio  
que mientras vivió casada  
tu madre enfrenó mi lengua  
por su honor, ya se desata.  
Oye y sabe, y sepa el mundo,  
que eres mi hijo. Palabra  
le di esposo a Teodora,  
y mereciendo gozarla,  
ibas ya tú de dos meses  
concebido en sus entrañas,  
cuando yo, desvanecido  
con el poder y privanza  
que gozaba con Alfonso,  
pude a callar obligarla  
y a contentarse con ser  
esposa de Nuño Aulaga.  
Hallóme después con ella  
Nuño una vez en su casa,  
y creyendo injustamente  
que Teodora le agraviaba,  
que después que fue su esposo,  
nunca a mis ardientes ansias  
les dio el favor más pequeño,  
sacó celoso la espada,  
aunque sin fruto, y corrido  
de no alcanzar su venganza,  
se partió luego a la guerra;  
y por ser su ausencia larga,  
hasta el legítimo tiempo  
le pudo ocultar la fama  
el parto, y yo estos secretos,  
por no ser cierto que en Fraga  
muriese Nuño, hasta ahora,  
que su muerte y mi palabra,  
tu valor y la opinión  
de Teodora os desagravian,  
legitimándote a ti  
con casarme, pues es tanta

la fuerza del matrimonio,  
que este privilegio alcanza.

TEODORA:

Mostráis vuestra gran nobleza.  
La mano os doy con el alma.

SANCHO:

Y yo os la beso; que nadie  
hiciera tan justa hazaña  
sino quien mi padre fuera.

MOMPELLER:

A tu hermano, Sancho, abraza.

TERESA:

Y a quien perdiendo un amante,  
un tan buen hermano alcanza.

BERMUDO:

Éste era el inconveniente  
que dije que te callaba,  
Teresa, de ser tu esposo...  
Y del favor de la banda,  
hijo, te impedi por esto  
que intentases la venganza.  
Y vos, Berenguel, pues ya  
entendido habéis la causa  
porque os dije que a Teresa  
y a su opinión no dañaban  
los favores que le hacía  
a Sancho, pues es su hermana,  
cumplid vuestra obligación.

CONDE:

Lo que debes, hijo, paga.

BERENGUEL:

Teresa, hacedme dichoso.

TERESA:

Yo soy la que en ello gana.

PRÍNCIPE:

Yo, en albricias de que Sancho  
ve su opinión restaurada,

le confirmo las mercedes  
que le hizo Nuño Aulaga.

REINA:

Y vos, Ramón, pues es día  
en que obligaciones tantas  
se cumplen, cumplid también  
a Rica vuestra palabra;  
que yo, pues goza mi hijo  
el cetro ya, retirada  
vivir quiero en un convento.

RAMÓN:

Ello es justo, y tú lo mandas.

PEDRO:

Y yo, señora, pues pierdo  
tan merecida esperanza,  
me parto donde echéis menos  
a Pedro Ruiz de Azagra.

ZARATÁN:

Y yo, pues soy tan dichoso,  
que entre tantos no me casan,  
daré fin a la comedia,  
si dais perdón a las faltas  
de esta verdadera historia  
que el docto padre Mariana  
apunta en el libro oncenno  
de los Anales de España.

FIN DE LA COMEDIA